

Warner Baxter
Gloria Stuart

Prisión
mujer
del
odio

GPB

éditions bistagne

PRISIONERO DEL ODIO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

PRISIONERO DEL ODIO

Dramático film, de conmovedor asunto

Multic. Bistagne

€

Gloria

riende si solo

Es un film

20th. Century - Fox

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280 - BARCELONA

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES:

Warner Baxter

y

Gloria Stuart

Prisionero del Odio

Argumento de la película

La multitud, hacinada ante la Casa Blanca, en Washington, rugía de entusiasmo, Lincoln había puesto fin, con su energía y con su talento, a la guerra civil que había lanzado a los Estados del Norte a luchar contra sus hermanos del Sur en la más espantosa y más loca de todas las guerras: la guerra entre hombres de una misma nación, de una misma raza, de un mismo suelo.

Envejecido, enfermo, sufriente aun de las angustias y de los trastornos de aquella guerra, Lincoln, con un gesto delicado y agradecido se asomó al balcón para responder con su presencia al entusiasmo de la multitud que le aclamaba. Un hondo silencio se hizo al aparecer la figura del anciano presidente, un silencio en el que palpitaba el cariño del corazón de todo un pueblo que respira alegremente el aire de la paz tras los largos meses de una lucha agotadora y terrible.

—Amigos míos — dijo Lincoln con una voz un poco apagada y lenta—no puedo haceros un discurso en estos momentos trascendentales. Necesito pensar con calma antes de hablar en público, y la paz hace muy poco que ha sido firmada para que mi cerebro pueda coordinar sus ideas. Os agradezco el entusiasmo con que me saludáis y, ya que no puedo complaceros diciendo frases que lleguen a todos los corazones, haré una cosa que hace mucho, mucho tiempo deseo hacer: que la banda que está con vosotros toque aquella canción del Sur que siempre me ha gustado tanto, aquella canción del Sur que hasta ahora estaba prohibida en los estados del Norte, aquella canción del Sur que ha de sellar la amistad entre todos mis súbditos, entre todos los nacidos en Estados Unidos, tanto los del Norte como los del Sur. Amigos míos, que vuestra banda toque “Dixie”.

Una aclamación estruendosa acogió estas palabras del presidente Lincoln que con la sonrisa en los labios se retiró, siguiendo con su cabeza canosa y soñadora el compás de aquella música tan querida, de aquella música que no había resonado hasta entonces en Washington, la Capital única de Estados Unidos, por obra y gracia de su intervención.

Pero... no todos estaban contentos con la paz firmada entre el Norte y el Sur; no todos sentían el halago de la dicha al ver amanecer una era de tranquilidad y de paz en la patria por tanto tiempo suficiente; no todos estaban conformes con la doctrina de Lincoln ni todos querían aceptar las condiciones de sus tratados.

Aquella misma noche, mientras el presidente con su esposa y sus íntimos estaba en el palco del teatro gozando con la representación de una obra muy en boga en aquella época, la mano aleve de un criminal, escondido en las sombras, disparó contra la cabeza canosa y serena del presidente el tiro mortal que había de arrebatarle a la gloria de su triunfo.

Aprovechando la confusión producida por el disparo y por los gritos lanzados en la sala, en el escenario y en el palco del presidente, el asesino, con un salto audaz, se lanzó desde el antepecho del palco a la escena y de allí emprendió veloz carrera hasta poder

montar en el caballo que le esperaba en determinado lugar, con un escudero que había de acompañarle hasta la frontera, hasta donde no pudieran alcanzarle las iras del pueblo ni la justicia de los Tribunales.

John Wilkes Booth, el asesino de Lincoln, se había herido en la pierna al saltar del palco a la escena. Ahora, con el galope del caballo a través de los campos invadidos por las sombras de la noche, sentía un dolor agudo que se le iba haciendo insufrible. Habían galopado muchas, muchas millas; pero no estaban aún fuera del alcance de posibles perseguidores. Era preciso tener valor, tener fuerza, tener osadía y seguir galopando a pesar del dolor, a pesar del atroz tormento que sentía en aquella pierna que parecía estarse gangrenando.

—¡Oh, no puedo, no puedo más! —gimió John Wilkes sintiendo desfallecer sus energías.

—Hemos de seguir adelante; no podemos detenernos—replicó el acompañante, que tenía miedo a la justicia y que quería escapar de ella—. Ya está amaneciendo y pronto estaremos en Virginia. En aquel Estado ya nadie podrá detenernos.

—¡Oh, pero este dolor... este dolor!... ¡No puedo más!

—Espere, mi amo, preguntaremos si hay por ahí cerca algún médico... Estamos en las primeras casas de una al-

dea... Déjeme que pregunte... ¡Eh, tú, negro maldito! —gritó el compañero de John Wilkes a un hombretón alto y fornido cuya silueta se dibujaba tras los cristales de su barraca—. ¿Hay por aquí cerca algún médico que pueda curar a un herido?

—¿Un médico?... Sí, mi amo... si le hay... Enfrentito mismo... ahí cerca está el doctor Mudd, el doctor Samuel Mudd... ¿Quiere que le acompañe, mi amo? —preguntó con su acento dulzón el enorme negrazo.

—No... gracias.

Sosteniendo como pudo al herido, manejando a los dos caballos, logró llevar a John hasta la puerta de la casa del doctor Mudd y llamó a ella con insistencia.

Samuel Mudd se había quedado aquella noche en vela, porque esperaba que alguien viniera a llamarle, porque sabía que alguien llegaría aquella noche al mundo y que sus servicios serían necesarios. Por esto le encontró la aurora dormitando en un sillón del hall, envuelto en un chal de lana para librarse del frío que aun se sentía con bastante intensidad en las horas de la noche. Y porque había estado esperando en vano toda la noche la llamada, no oyó ahora los golpes insistentes que daban en la puerta de su casa con mano impaciente y premiosa.

—Sam... Sam... —murmuró su esposa desde lo alto de la escalera, mientras

acababa de anudarse la bata y descendía rápidamente el tramo hasta llegar junto a su marido—. Sam... llaman a la puerta.

—¿Eh?... ¿Qué dices?... ¡Ah, debe ser la cigüeña que habrá llamado ya a la puerta de Rosabel! —murmuró Sam, todavía medio dormido, mientras acariciaba la cabeza de su mujercita, aquella cabeza hecha de oro y de seda que se había apoyado en su pecho para despertarle con mayor dulzura.

—La cigüeña debe conocer ya bien el camino de la cabaña de Rosabel—sonrió Peggy, besando a su marido—. ¡Después de diez visitas!

—Diez?... Sí, tienes razón, diez... Esta será la onceava vez que la cigüeña le trae a Rosabel su regalito... Déjame que vaya allá... hay que atender debidamente a la cigüeña y al bebé... Pero oye, no desayunéis Marta y tú hasta que yo esté de vuelta, ¿eh?... No me gusta desayunar solo... cuando puedo desayunar en compañía de la mujer más bonita de la tierra y de nuestra hijita.

—Vé tranquilo; te esperaremos aunque nos muramos de hambre—rio Peggy, besando de nuevo a su marido mientras éste se dirigía a la puerta y la abría sin preocupaciones, seguro de encontrar a uno de los negritos de Rosabel que venía a llamarle.

—¿El doctor Mudd? —preguntó una voz varonil.

—Sí, yo mismo—contestó Samuel mi-

rando al desconocido que llevaba casi cargado en hombros a otro hombre que parecía estar desvanecido.

—Doctor, mi amigo se ha roto la pierna... ¿Puede usted hacer algo por él?

—Sí, sí... pasen... Aguarde, yo le ayudaré a entrar al herido—dijo el doctor Mudd, cogiendo a John Wilkes entre sus brazos y ayudándole a sentarse en una de las butacas del hall.

Aquellos dos desconocidos miraban recelosamente a todas partes, parecían medrosos y asustados y en sus rostros se reflejaba algo siniestro. Pero Samuel Mudd, el doctor Mudd, el hombre que había dedicado su vida a la ciencia, no se daba cuenta de nada, porque estaba solamente interesado en la fractura de aquella pierna que se ponía en sus manos para ser curada.

—Siento mucho tener que cortar su bota de montar—murmuró, mientras tomaba un cuchillo y rasgaba la bota de arriba abajo para poder sacarla con facilidad sin hacer sufrir—. La fractura es más seria de lo que podía apreciarse en un principio—añadió, mientras examinaba detenidamente la pierna.

—¡Oh, no importa que me haga sufrir! El caso es que se dé prisa—murmuró John Wilkes con acritud—. Tengo que marcharme en seguida.

—No podrá usted seguir el viaje con esta fractura... Necesita reposo... Quizá dentro de una semana.

—Seguiré mi viaje hoy mismo... Hágame una cura suscinta... Lo preciso para que pueda continuar mi viaje—ordenó John, cada vez con mayor violencia.

—Está bien... No tengo ahora tablillas para entabillar su pierna, pero no importa, puedo hacerlas en un momento... Peggy, por favor, prepara las compresas.

Peggy corrió a efectuar lo que su marido le ordenaba mientras Sam rompía un cajón de su mesa y hacía, como Dios le daba a entender, unas tablillas que le sirvieran para dejar la fractura en condiciones de irse soldando lentamente.

—¿Vienen ustedes de Washington?—preguntó, sin mirar a los dos viajeros, mientras trabajaba en su obra con toda atención.

—No... de Baltimore—se apresuró a replicar John; pero en aquel momento se fijó que en su bota de montar, aquella bota que el doctor había rasgado para podérsela quitar, se leía distintamente: "John Wilkes Booth. Washington".

Con un gesto mostró a su compañero la bota comprometedora y, con el mismo cuchillo que había servido para rasgarla, rascaron apresuradamente aquel letrero que le delataba de una manera precisa y terminante. Luego, con disimulo, el compañero de John arrojó la

PRISIONERO DEL ODÍO

bota fuera de la casa, al jardínillo que la rodeaba.

Samuel Mudd siguió diciendo:

—Me hubiera gustado mucho presenciar el triunfo del presidente Lincoln en la Casa Blanca, el día que ordenó que se tocara "Dixie", nuestra canción de las gentes del Sur que no había sido jamás tocada en los Estados del Norte. Creo que nosotros, las gentes del Sur, debemos estar hondamente agradecidos a Lincoln: ha sido él nuestra salvación... Bien, ahora voy a colocar bien la fractura para poder entabillar la pierna. Es una operación dolorosa, muy dolorosa... Bébase este vaso de cognac y tenga valor... No será larga la cura.

El doctor Samuel Mudd trabajó concienzudamente en la operación y dejó la pierna admirablemente entabillada, acompañando él mismo hasta la puerta a aquellos extraños visitantes.

—Sigo creyendo que es una locura que continúe su viaje a caballo—dijo a tiempo de abrirles la puerta—. Si ustedes quisieran aceptar yo podría ofrecerles hospedaje en mi casa hasta que se mejorara.

—¿Cuánto le debo? — interrumpió secamente John Wilkes.

—No sé...—murmuró Mudd, desconcertado—. No sé... Dos dólares.

—Tome y gracias por todo—replicó John, depositando en la mano del doctor un billete—. Le ruego que me perdone mis brusquedades.

—¡Oh, eso no tiene importancia para un médico, cuando se trata de casos tan dolorosos como el suyo!... Un médico está siempre al servicio de los enfermos, su puerta ha de estar abierta a todas horas para todo el que sufra... y nunca medirá el alcance de las quejas de la persona que sufre... Pero, aguarde, aguarde usted... tengo que devolverle el cambio—añadió, estupefacto al ver que los dos hombres montaban a caballo y se perdían a lo lejos en las nieblas del amanecer. Y sonriendo, sin dar importancia a aquella insólita desaparición, concluyó:

—Buena suerte... ¡Qué gentes tan raras!

—¿Cuánto? —le preguntó Peggy acercándose a él en un gesto de curiosidad y de cariño.

—¿Eh?

—Que... cuánto te ha pagado—repitió Peggy con mayor curiosidad.

—¡Dios santo!... ¡Cincuenta dólares! —gritó Mudd entusiasmado.

—¿Cincuenta dólares?... Eso ha sido una equivocación, Sam... ¿Les llamo para que vuelvan... o cierro la puerta? —interrogó, llena de coquetería.

—Cierra la puerta y echa el cerrojo —rio Mudd abrazando a su mujercita que reía llena de felicidad—. ¡Y pensar que les llamaba gentes raras!... Sin duda es algún filántropo millonario que habrá mirado con ojos piadosos nuestro hogar, que habrá visto que no era

bastante digno de la magnífica joya que en él se encierra y que se habrá dicho. "He aquí una pareja que parecen felices, pero que no parece han de tener mucho dinero... Un medicucho de aldea que no vale nada... ¡y una mujer que es un tesoro!... Pobrecilla, vamos a alegrarte un poco la vida"... Y ha dejado los cincuenta dólares.

—¡Loco!—rió Peggy llena de felicidad, abrazándose a su marido y envolviéndole en aquella oleada de oro de su espléndida cabellera—. Seguramente habrá pensado: "He aquí a la mujer más feliz de la tierra, unida a un hombre inteligente, guapo y simpático, mejor que todos los mejores especialistas de Washington y Nueva York... Vamos a darles a los dos un día feliz..." Y ha dejado los cincuenta dólares.

—Bien, si ha pensado esto, bendito sea... Y bendita seas tú que me haces el hombre más dichoso de la tierra...

Volvió a sonar la campana de la puerta. Los dos esposos se miraron y

los dos tuvieron el convencimiento de que eran los desconocidos que venían a reclamar su billete de banco. Peggy le lanzó un beso de despedida y Sam lo contempló con los ojos enternecidos a tiempo que abría la puerta dispuesto a devolver lo que no era suyo. Pero el que apareció esta vez en el hueco de la puerta era uno de los hijos de tía Rosabel, la negraza que se había propuesto batir todos los records de la maternidad:

—La cigüeña, ¿eh? — preguntó el médico riendo.

Y el negrito, abriendo mucho sus grandes ojos espantados, murmuró:

—Tía Rosabel no irá a tener una cigüeña, ¿verdad, doctor?

Peggy y Sam rieron con una risotada feliz la ocurrencia del chiquillo, se besaron de nuevo y se separaron con ese dejillo amargo que produce toda separación, por brevíssima que sea, entre dos personas que se idolatran.

Como reguero de pólvora había corrido la noticia por todos los Estados. Abraham Lincoln había sido barbaramente asesinado y era preciso castigar al culpable o culpables de aquel atentado incalificable. El odio encendido por la guerra civil entre las gentes del Norte y las del Sur, odio latente que seguía escondido entre las cenizas de la paz, revivía ahora con una fuerza inusitada, como si un huracán de maldad se complaciera en esparcir a los cuatro vientos las brasas del odio y de la venganza. Galoparon en todas direcciones los soldados del Norte y, entre todos, unos hallaron las huellas del fugitivo herido, de John Wilkes Booth, sobre el que recaían las sospechas.

Sin miramientos, sin embajes, guiados por su sed de venganza, llegaron hasta la casa del doctor Samuel Mudd, en aquel mismo día que había de ser para la pareja un día feliz porque el herido desconocido les había regalado cincuenta dólares, suma exorbitante para el humilde médico de la apartada aldea de las regiones del Sur.

Almorzaban en el amplio comedor

de la casa de campo el abuelo y la nietecita, servidos por la fiel criada negra que había conocido a la mamá de Marta cuando era casi más chiquita que ella. El abuelo, un viejo coronel del ejército del Sur que había peleado bravamente durante toda la guerra, se sometía ahora de mala voluntad al dominio de los Estados del Norte sobre los Estados del Sur, y aceptaba sólo como una imposición aquella paz que para él siempre sería ficticia.

—¿Dónde está tu mamá?—preguntó el abuelo a Marta.

—Mamá duerme todavía.

—¿Y papá?

—Papá ha salido.

—¿Dónde diablos ha ido a estas horas?—preguntó el viejo, descargando un golpe sobre la mesa.

La criada hizo un gesto al señor, un gesto que indicaba prudencia, y el abuelo obligó a salir al jardín a la nena que se resistía a hacerlo.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene todo este misterio?—inquirió el viejo con su aire gruñón.

—Es que Rosabel espera un niño—

murmuró la negra, mirando hacia el lugar por donde la nena había desaparecido, temerosa de que pudiera oirla.

—¡Pero esta Rosabel!... ¿Es que se ha propuesto crear ella sola una nueva generación?... ¡Vamos, que modo de llamar a la puerta!—añadió, al escuchar el tintineo de la campana agitada con fuerza—. ¿Quién será ese bruto?... ¡Ah, vamos, yankees! —murmuró de mal humor al ver la figura de dos soldados destacarse en el dintel de la puerta.

—Usted perdone—dijo el que tenía mayor representación—. ¿Es esta la casa del doctor Mudd?

—Sí.

—¿Dónde está el doctor Mudd?

—¿Quién pregunta por él? — interrogó a su vez el viejo, indignado por la desfachatez conque los soldados se habían introducido en la casa y lo miraban todo como si fueran los dueños de ella.

—Lugarteniente Lovett, del ejército americano—replicó el militar.

—Coronel Miiford Dyer, del cuarto de caballería del ejército confederado—dijo el viejo, presentándose a su vez—. Soy el suegro del doctor Mudd. ¿En qué puedo servirles?

—Buscamos a dos hombres cuya pista tenemos, dos hombres que han pasado anoche por esta aldea. Uno de ellos está herido en una pierna. ¿No les ha visto usted?

—Le contestaré cuando el sargento deje de buscar en todos los cajones y de revolverlo todo como si fuera de su propiedad.

—Déjenos solos, sargento—ordenó el lugarteniente.

Cuando se quedaron solos los dos hombres, se dirigió de nuevo al viejo coronel y le preguntó, apremiándole:

—¿Conoce usted a John Wilkes Booth? ¿Le ha visto alguna vez?

—Nunca—afirmó el coronel.

—Es un actor muy conocido en Washington.

—¡Ah, un actor!... Eso son cosas de mujeres, no de militares... Ni le conozco, ni le he visto nunca, ni he oído jamás hablar de él. Además, no me hable de las gentes del Norte... No apruebo la paz, esta paz que no llegaremos a sentir nunca los vencidos.

El viejo coronel no se dió cuenta de que volvía a entrar en la estancia el sargento y mostraba con mucho disimulo a Lovett la bota de montar que el día anterior había sido arrojada al jardín después de haber mal raspado con el cuchillo el nombre de su propietario. Lovett leyó aquel nombre que aun se distinguía con bastante claridad: Jonh Wilkes Booth; y escondiendo a su espalda la bota delatora, preguntó con fina ironía:

—Y... ¿son estos los mismos sentimientos que inspiran a su yerno?...

—Mi yerno es del Sur—se limitó a

P R I S I O N E R O D E L O D I O

contestar el viejo, sin darse cuenta de la maniobra de los dos militares, que habían cruzado entre sí una mirada de inteligencia y de comprensión.

—Entonces, con su permiso o sin él—añadió el lugarteniente Lovett—, esperaremos al doctor Mudd para interrogarle directamente.

El viejo no replicó; miró a los dos hombres con desconfianza y comenzó a pasearse a lo largo de la habitación mientras esperaba el regreso de su yerno, pensando que la cigüeña había sido muy inoportuna yendo a llamar a la puerta de Rosabel en los momentos en que Sam hacía más falta en su casa.

Samuel Mudd, ajeno por entero a lo que estaba ocurriendo en su propio hogar, regresaba al trote cansino de su caballejo por los caminos emparrizados y llenos de baches en los que saltaba la frágil cesta que le servía de coche. Volvía contento. Esperaba encontrar a su mujer y a su hija y a su suegro esperándole para el almuerzo, y él traía un hambre atroz y unas atroces ganas de sentirse en su casa, al lado de los que amaba.

Un momento se detuvo junto a un grupo de negros a los que un hombre blanco estaba arengando queriéndoles sublevar contra los que, según decía, les explotaban como animales. Samuel logró hacer huir al sublevador al que los negros persiguieron un buen trecho y, acercándose a Buck, su fiel ne-

grazo que le cultivaba las tierras con amor y alegría, le dijo cariñosamente:

—Vuelve a tu cabaña, Buck. Rosabel acaba de tener un hijo.

—¡Oh, mi amo!... ¿Y qué ha sido esta vez? — preguntó el negrazo, con una ancha sonrisa que puso al descubierto su blanquísimas dentadura.

—Un niño, un chico tan guapo y tan fuerte como su padre.

—¡Oh, mi amo!... ¡Un niño!... ¡Un niño!... ¿Has oído, mula?—inquirió, dando una palmada en la cabeza de la mula que tiraba del arado, mientras seguía con los ojos la carretela del amo por el que se hubiera dejado matar.

Samuel Mudd llegó hasta su casa, saltó del carricoche y abrió los brazos a su hijita que salió corriendo a recibirla.

—¿Quién es una chica guapa que viene a dar un beso a su papá?... Pero, ¿qué veo? ¿Estás llorando? ¿Qué le han hecho a mi niña bonita?

—Un soldadote me ha roto la muñeca—murmuró la nena sollozando y mostrando su muñeca con la cabeza partida.

—¿Un soldado? ¡Si aquí no hay ya soldados, querida!

—Sí, papá, sí... Ha venido un soldado y yo llevaba a pasear a mi muñeca en un coche que le había hecho con una bota y me ha cogido la bota y me ha roto la muñeca...

Mudd no había acabado de escuchar

a su hija. Serio, reconcentrado, temiendo algún percance, penetró en la casa y se enfrentó con los dos militares que le estaban esperando:

—Buenos días—les dijo, mirándoles con una muda mirada de interrogación.

—Buenos días. ¿El doctor Mudd?—preguntó Lovett.

—Sí, yo mismo.

—¿Conoce usted a John Wilkes Booth?

La pregunta hecha así, de pronto, desconcertó a Sam que titubeó y respondió:

—Sí... creo que sí... le he visto trabajar alguna vez en Washington.

—¿Le reconocería usted si le encontrara por la calle?

—Supongo que sí... Seguramente le reconocería...

—¿Estuvo anoche en esta casa?

—En esta casa? No, señor—replicó con firmeza Samuel Mudd.

—No... ¿eh?... ¡Que venga la señora Mudd!... Quizá ella nos dé más detalles.

—Si se atreven a molestar a mi mu-

jer...—dijo Mudd, con los puños cerrados y disponiéndose a defender a su mejor tesoro.

El lugarteniente le detuvo mientras el sargento subía a buscar a Peggy y volvía a aparecer en seguida, trayéndola casi arrastrando, con todo su pelo en desorden y los ojos agrandados por la sorpresa y por la angustia.

—¡Sam!... ¡Sam... ¿Qué sucede?—gimió Peggy, abrazando a su marido.

—Espero que ahora estos señores nos querrán aclarar la situación.

—Ciertamente — replicó el lugarteniente cuadrándose—. Doctor Mudd, dese por arrestado por el delito de conspiración en el asesinato del presidente Lincoln.

Peggy dió un grito de angustia y se abrazó estrechamente a su hijita, como si presintiera que aquel era el único don que iba a reservarle la vida. Mientras Samuel Mudd, enmudecido repentinamente ante tan injusta y tan grande acusación, se entregaba a los soldados seguro de que pronto quedaría deshecho aquel mal entendido.

* * *

La indignación producida por el asesinato de Lincoln había crecido hasta el punto de estallar en desatada tormenta al conocerse la posibilidad de un complot urdido por las gentes del Sur para reavivar la guerra civil con la que había acabado el ilustre desaparecido. John Wilkes Booth se había disparado un tiro de revólver en la sien antes de caer en manos de la policía y ahora que él se había llevado a la tumba el secreto de su crimen, quedaban ocho personas sospechas de conspiración, ocho personas a las que era preciso juzgar y para las que el pueblo, siempre terrible en sus veredictos, pedía la pena capital. Entre estas ocho personas estaba Samuel Mudd, el feliz médico de la aldea del Sur que se había visto envuelto en aquella acusación por haber cumplido estrictamente con el deber de su profesión.

El Tribunal, antes de reunirse en audiencia pública, se había reunido privadamente para deliberar acerca de la actitud que debía adoptar frente a aquellos acusados.

—Señores—les dijo el presidente del

Tribunal—, supongo que, como miembros de este Tribunal especial que ha de entender en la causa que por el delito de conspiración en el asesinato de Lincoln se sigue contra ocho acusados, os habéis dado perfecta cuenta de la responsabilidad que sobre nosotros todos pesa. El objeto de este proceso no es declarar la culpabilidad o la inocencia de un puñado de acusados, sino salvar al país de una posible sublevación y de nuevos desastres sangrientos que asolen a nuestra patria. La verdad solemne del momento es que la Patria está en peligro y que debemos escuchar la voz del pueblo que se alza clamorosa indicando cuál es su voluntad inquebrantable. Por esto el Tribunal está formado por las personalidades más destacadas del ejército americano y es por esto por lo que se ha evitado reunir a un Tribunal civil al que nunca podría alcanzar toda la responsabilidad que nosotros debemos enfrentar para salvar a nuestra Patria. Nosotros, como militares, podemos castigar con mano dura a ese puñado de hombres acusados del delito de alta traición. Por esto

os pido que seáis inexorables en vuestro juicio, que no os dejéis llevar por la compasión ni os atengáis a los artículos de la ley. Es preciso que oigáis la voz del pueblo y que la atendáis debidamente para evitar una nueva guerra civil. La voz del pueblo es terrible, está empapada en odio: escuchadla y obedecedla...

Después de este breve discurso que había servido para preparar el ánimo de los jueces, el Tribunal entró en la Sala donde debía celebrarse en audiencia pública la vista contra los ocho acusados. Entre ellos había gentes de todas las clases sociales; había gentes que eran culpables del delito que se les imputaba y gentes que eran por completo inocentes. Pero la voz del pueblo era inexorable e inexorables iban a ser las conciencias de los jueces.

—Que entren los prisioneros—ordenó el presidente cuando se hubo establecido en la Sala el silencio tras el murmullo que había producido la presencia del Tribunal.

Guardados por los cancerberos, ensartados en las gruesas y pesadas cadenas, enfundados en los caperuzones pardos que les tapaban por completo la cabeza y que les privaban de la luz, entraron en la Sala con paso vacilante los ocho acusados. Sus guardianes se encargaban de hacerles conocer el camino maltratándoles a golpes; y a gol-

pes les obligaron a sentarse. En la Sala había un hondo silencio de emoción turbado sólo por algunas exclamaciones de odio de aquellos que hubieran querido arrojarse sobre los acusados y descuartizarlos públicamente en castigo al crimen que se les imputaba.

Con voz clara y potente fueron leyéndose los nombres de los acusados. Al ser pronunciado el nombre, el guardián de turno levantaba la caperuza parda y aparecía el rostro del acusado en toda su terrible realidad: rostros dolorosos, pálidos, desencajados por los días de encierro y por los malos tratos; rostros asustados ante la luz del día que hacía muchos, muchos días no podían ver; rostros que hubieran querido deshacerse antes de ser sometidos a la inspección de centenares de miradas aviesas en las que se leía el odio, la acusación, la implacable sed de venganza.

Fué Samuel Mudd el último de la lista. Al alzarse el capuchón pardo apareció su rostro entristecido y asombrado. No podía explicarse que se le acusara de un crimen que jamás cometió; que se le acusara sin aceptar ninguna de las pruebas de su inocencia, que se le acusara por el solo hecho de haber atendido a un herido que había llamado a la puerta de su casa y al que había atendido sin preocuparse de quién era ni de dónde venía ni a dónde iba, viendo únicamente en él al hombre que

sufre y que necesitaba de sus cuidados. Samuel Mudd estaba transformado por aquellas semanas de prisión y de malos tratos. Pero en sus ojos había aún el vislumbre de una esperanza. Se sabía inocente y tenía el convencimiento de que todos habían de reconocer su inocencia.

El caso del doctor Mudd era el que mayor interés ofrecía, porque el nombre del médico era también el que mayor representación tenía entre aquellas ocho personas acusadas de complicidad en el asesinato de Lincoln. Por esto tuvo también la mejor defensa, el general Ewing que, acercándose a Mudd, le tendió la mano y le dijo con simpatía:

—Si me lo permite me encargaré de su defensa. Soy el general Ewing, del ejército americano. Pelearemos ahora juntos, como antes peleamos uno contra otro mientras duró la guerra entre el Norte y el Sur.

—Gracias, general — replicó Mudd, con una voz sin color, sin entonación, sonriendo con una vaga sonrisa desesperanzada.

Volvió a alzarse la voz del presidente que dijo:

—Comenzaremos a juzgar los casos por su orden. Hoy empezaremos con el de George A. Ayzerodt. Los demás acusados pueden retirarse.

Volvieron a cubrirles con la caperuza parda y se oyeron en la sala los gol-

pes secos de las cadenas que iban arrastrando los prisioneros.

Eran ocho los acusados. Ocho las visitas que se tenían que celebrar. ¡Y Samuel Mudd era el último de los ocho!

Los días crueles de ansiedad y de angustia que pasó Peggy en espera de que su marido fuera juzgado, fueron muy superiores en dolor a cuanto un ser humano, frágil como ella, puede sufrir. Aquella criatura a la que el destino había dado un golpe certero en plena felicidad, sufría intensamente su dolor y se acogía a toda vana esperanza segura de que volvería a sonreírle la dicha, de que tendría de nuevo a su lado a Sam, a su Sam, al hombre que la había hecho la más dichosa de todas las mujeres.

Acompañada de su padre, yendo siempre con Marta de la mano, temerosa de que no fuera a perder también aquel pedazo de su dicha hecha carne angelical, se pasaba el día por los alrededores del edificio donde se celebraban las vistas y procuraba indagar, conocer, saber el resultado de aquellos juicios que precedían al de su marido y que podían ser una esperanza o una derrota total para su querido prisionero.

Nada podía investigar. Era preciso esperar, esperar, esperar indefinidamente, en aquella espera angustiosa y terrible. Uno a uno los acusados fueron

compareciendo ante el Tribunal. El juicio de cada uno de ellos duraba días y días. Comparecían los testigos. Hablaba el fiscal. Discurseaban los defensores. Deliberaba el jurado... ¡Y la espera se hacía angustiosa e inacabable para la infeliz Peggy, condenada a vivir lejos de Sam, a no verle, a no escuchar su voz, a no leer en sus ojos el cariño que la alentaba y la hacía vivir!

El general Ewing procuraba animarla, aunque en el fondo de su corazón sabía bien que la causa del doctor Mudd estaba más embrollada aun que las de los demás acusados. Pero aquella mujercita rubia, dulce y tierna que le miraba con los ojos empañados en llanto para preguntarle noticias de su marido le daba tanta pena, que mentía por ella, mentía con esa mentira piajosa que asoma siempre a los labios cuando se está junto a algún corazón que sufre.

Por fin llegó el día de la vista de la causa contra el doctor Mudd. Samuel Mudd tenía aún esperanza. Había hablado largamente con su defensor y, sobre todo, tenía la conciencia de su inocencia. Pero aquella conciencia únicamente la tenía él. Los demás todos le creían culpable.

Cuando se vió frente al jurado, cuando se hizo la luz a sus ojos cegados por el saco que le cubría la cabeza, tuvo una exclamación de angustia y, cogien-

do ansiosamente la mano de su defensor, dijo:

—Dígales que me dejen hablar... Dígales que me dejen defender... No pueden tratarme como han tratado a los demás condenados...

—General Ewing — interrumpió el presidente —, diga al acusado que se abstenga de hablar y que observe respeto a este Tribunal.

—Señor presidente, creo que la conducta de mi defendido en nada puede molestar al Tribunal, para el que mi defendido siente un respeto tan grande como el mío propio — replicó Ewing, que estaba realmente interesado por el caso.

—Que entren los testigos de cargo — ordenó el presidente.

Uno a uno fueron desfilando todos los acusadores. El pánico de parecer sospechosos, el miedo a verse arrollados en aquella avalancha de inculpaciones, el terror de que pudieran parecer cómplices del asesinato de Lincoln declarando a favor de uno de los acusados, les hizo aumentar a todos la acusación. Ni uno sólo dijo una palabra a favor del doctor Mudd. Todos, todos, todos le acusaron despiadadamente, dando así una prueba de lealtad al régimen establecido, sin importarles nada en absoluto condenar a un inocente al que hubieran podido salvar con un poco de humanidad y un poco de conciencia.

—El doctor Mudd ha sido siempre

P R I S I O N E R O D E L O D I O

partidario de la esclavitud. No es más que un negrero.

—El doctor Mudd estuvo sirviendo en el ejército confederado e hizo la guerra al Norte.

—El doctor Mudd negó haber visto a John Wilkes Booth habiéndole tenido en su casa.

—El doctor Mudd lo negó todo hasta que se puso ante sus ojos la propia bota de montar de John Wilkes, que era la prueba fehaciente de su complicidad.

—El doctor Mudd ha confesado que fué él quien curó y entablilló la pierna rota de John Wilkes.

Así fueron hablando los testigos. Así le fueron acusando sobre una base falsa, sobre una falsa acusación. Así fué condenado Samuel Mudd por traidor, por cómplice en un asesinato, por haber pertenecido a una banda de insurrectos que no querían someterse a las leyes dictadas por Lincoln.

—La vista de la causa ha terminado — dijo el presidente, poniéndose en pie.

Samuel Mudd tuvo un grito de angustia. Todas aquellas acusaciones eran falsas y no podía, no quería someterse a ellas.

—No, no ha terminado... Tengo que defenderme... Tienen que oírme — gritó desesperadamente, erguiéndose todo cuanto se lo permitió el peso de sus cadenas —. Tienen que oírme tanto si quieren como si no.

—El acusado observará la debida compostura — murmuró el presidente con desdén.

—¿Qué más pueden hacer contra mí? — preguntó Samuel Mudd mirando a todos con una mirada desolada y llena de súplicas —. Me pueden ahorcar... nos pueden ahorcar a todos... lo mismo a los culpables que a los inocentes... porque vosotros, militares de pacotilla que deshonráis vuestro uniforme, os habéis despojado de vuestra dignidad, de vuestra conciencia y de vuestro honor para juzgarnos... Pero no me marcharé, no me condenaréis, no me ahorcaréis sin que oigáis mi voz, sin que escuchéis la voz de la justicia sobre esa enorme injusticia que estáis cometiendo al acusar a un inocente... El recuerdo de esta atroz injusticia pesará sobre todos vosotros mientras viváis... Y en el día de vuestra muerte, con la conciencia cargada con el horrendo crimen de esta injusticia, os haréis estas preguntas que yo os hago hoy: ¿Confía un asesino sus planes a todo el mundo? ¿Se me puede acusar a mí, a un médico, por el solo hecho de haber curado a un herido que vino a pedirme auxilio? ¿Puede un hombre dedicado por entero a su hogar y al amor de su esposa y de su hija arriesgar su bienestar y su dicha y la dicha de los que ama metiéndose en un complot descabellado y loco?... ¡Juro ante Dios que soy inocente!

La voz de Mudd había vibrado en el

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

silencio de la Sala con un acento de sinceridad y de emoción. Sus últimas palabras, aquel juramento hecho ante Dios, iban impregnadas de respeto y de devoción. Aquel hombre decía la verdad. En la conciencia de todos estaba la verdad de aquellas palabras. Pero el presidente del Tribunal, ateniéndose estrictamente a la conducta que de antemano se habían señalado todos los miembros del Tribunal, dijo escuetamente:

—El Tribunal no toma en consideración las palabras del acusado.

El resultado de la deliberación del Tribunal era secreto. Nadie sabía la sentencia que se había dictado contra los acusados. Sólo se haría pública cuando el Jurado hubiera deliberado sobre todos los casos en conjunto, después de haberlos juzgado por separado. La impaciencia de Peggy había llegado a su paroxismo. Se acercaba cada día a la puerta del edificio tras el cual había desaparecido Sam y en vano intentaba interrogar al sargento que colocaba los boletines oficiales de información en la tablilla de anuncios. El sargento nunca sabía más que lo que decían aquellos boletines... ¡Y los boletines eran tan escuetos!... Aquel día Peggy pudo leer a través de sus lágrimas:

“Junio, 30 de 1865.—La vista de la causa contra el doctor Samuel Mudd, acusado de complicidad en el asesinato

del presidente Lincoln, ha terminado hoy.”

Nada más. ¿Le habrían condenado? ¿Le habrían absuelto? Y si le habían condenado, ¿qué pena le impondrían? ¿Cuál habría sido el fallo?

El general Ewing, compadecido de la angustia terrible de la infeliz Peggy, le pudo conseguir la última entrevista con su marido. Samuel Mudd había sido declarado culpable. Peggy se podría despedir de él, ya que, declarado culpable, nadie podía saber cuál sería la pena que se le impondría.

Temblorosa, pálida, desencajada por aquellas largas semanas de angustia y de soledad, Peggy acudió a la cárcel en compañía de su hijita y de su viejo padre. Quería que Sam les viera a todos, les recordara a todos hasta el último instante. Quería que su Sam supiera que los tres, hasta el viejo coronel gruñón, estaban con él en la hora de dolor espantoso que estaba atravesando.

—Se valiente, hija mía—le dijo el general Ewing en el momento en que los cancerberos introducían en el locutorio a Samuel Mudd.

Sam tendió las manos a su esposa, aquellas manos torturadas por las cadenas, aquellas manos que querían abrazar, acariciar, consolar, y que no podían hacer nada, imposibilitadas por la barra de hierro que las sujetaba implacablemente.

—¡Peggy!... ¡Marta!... — exclamó, conteniendo los sollozos que querían escapar de su pecho.

Peggy corrió a él y le abrazó en un abrazo de supremo amor y de angustia; dejó caer sobre su pecho su cabeza blonda y, no pudiendo resistir a su angustia, estalló en hondos y largos sollozos que por un momento fueron los turbadores del silencio trágico que reinaba en aquel estrecho recinto de la prisión.

Sam acariciaba con su rostro la cabecita adorada. Gruesos lagrimones le resbalaban por el rostro, pero haciendo un esfuerzo supremo consiguió que su voz no temblara demasiado debajo de sus lágrimas y dijo en un tono dulcísimo y emocionado:

—No me llores, querida, no me llores así... Se valiente... Esto se acabará pronto... y nos reuniremos de nuevo...

—¿Pronto? —murmuró Peggy con angustia—. ¿Es que no sabes?... ¿Es que no te han dicho todavía que...?

—¿Qué?

—Sam... te han declarado culpable.

—Culpable — murmuró el doctor Mudd dejando caer su cabeza anudada y sintiendo en todo su cuerpo una extraña angustia—. Culpable... sin saber por qué... Todo parece una horrible pesadilla... No puedo defendarme, no puedo sincerarme, no puedo hacer nada, nada, nada... ¡Es horrible!..

—Oh, querido, tú no puedes hacer

nada, pero nosotros sí podemos!—exclamó Peggy abrazándole de nuevo—. Nosotros podemos seguir luchando por ti, podemos seguir nuestra tarea hasta el fin... ¡Y volveremos a ser felices!...

—Peggy... hemos de rendirnos a la realidad... Si me han declarado culpable tardaremos mucho, mucho tiempo en volver a vernos... Quizá no volveremos a vernos hasta la eternidad... Marta, mi chica guapa—añadió, arrodillándose y poniéndose a la altura de su hija, a la que hubiera querido abrazar y llenar de caricias—, papá estará una temporada lejos de vosotras... y quiero que tú tengas mucho cuidado de mamá, ¿sabes?... No la dejes llorar, seca sus lágrimas con tus besos, se muy buena para que mamá sea feliz... Y dile que en el cajón de mi mesa encontrará un paquete de facturas, facturas que yo no había hecho efectivas todavía y que son de mis trabajos profesionales... Dile que las haga cobrar. Con el dinero podrá llevarte a la escuela y podrá comprarte trajes nuevos y podréis vivir las dos sin grandes apuros... Y procura no olvidar a tu papaíto, ¿oyes, hijita?...

Había tanta ternura en su voz, tan dulce emoción en su acento, que ni Peggy ni el viejo coronel pudieron decir una palabra.

—Vamos, vamos, basta de escenas— gritó la voz de uno de los guardianes—. Es hora de partir.

—No perdamos las esperanzas, mi

dulce amor—gimió Peggy, abrazándose fuertemente al cuello de Sam, como si quisiera marchar con él, dejarlo todo y correr tras él para seguir su misma suerte, para no tener que llevar la cadena terrible y dolorosísima de una separación espantosa e insoportable.

Los cancerberos les separaron con brusquedad y se llevaron a Sam por los

corredores sombríos de la prisión. Al pasar ante la puerta de la celda, Sam se detuvo y dijo, señalándola:

—Esta es mi celda.

—Sigue tu camino, perro... que ya no te va a hacer falta celda de ninguna clase—le contestó el carcelero riendo con una risa sarcástica.

* * *

Aglomerados en el patio de la cárcel centenares de personas aguardaban para presenciar la ejecución de los condenados. Se había advertido que se iba a dar la última pena a los acusados de complot en la muerte del Presidente Lincoln, pero no se habían dado los nombres de los que iban a sufrir el último castigo. La multitud esperaba que se ejecutaría a los ocho reos. En medio del patio sólo había alzadas cuatro horcas. Todos los ojos estaban fijos en ellas y, en voz baja, se comentaba quiénes serían los primeros en probar el martirio.

Peggy Mudd había acudido también. Nada sabía de su esposo desde aquel día en que se había podido despedir de

él gracias a la influencia de Ewing. Gracias también a la influencia de Ewing y a su compañía—ella sola jamás hubiera tenido valor para ir a presenciar la ejecución—estaba hoy en el patio para comprobar si su marido... ¡Horror de horrores!... A Peggy se le agrandaban las pupilas y se le destrozaba el alma ante aquella espantosa posibilidad. ¿Sería de los sentenciados?... ¿Estaría ya muerto?... ¿Podría verle una última vez?... ¡Cuántas, cuántas interrogaciones se alzaban en el atribulado espíritu de la desdichada criatura!

El tambor redobló con lúgubre sonido. Se abrieron las puertas que comunicaban con los calabozos y, guardado por un piquete de soldados, com-

pareció el primer acusado. Venía sereno, erguida la frente y el paso firme; sólo ante la horca pareció estremecerse un momento, pero en seguida asomó a sus labios una sonrisa irónica, de desprecio a la vida y de indiferencia a la muerte.

Peggy respiró. Aquel no era su marido. Resonó de nuevo el tambor y entró el segundo condenado. Estaba pálido, intensamente pálido y tenía los labios apretados como si hiciera un esfuerzo para ocultar su miedo a la muerte. Sólo conservaba el paso firme y sus ojos no miraban ni una sola vez hacia la horca a la que se le conducía.

Peggy se puso sobre las puntas de los pies para ver el rostro de aquel segundo reo, porque la cabeza de los soldados que marchaban ante él se la tapaban. Un hombre que estaba al lado de la desdichada esposa, un hombre que ignoraba la tragedia interior que estaba viviendo aquella criatura rubia, dulce y buena, le dió un codazo y le dijo:

—No seas tonta... mira por aquí, que lo verás mejor—y le ofreció su puesto.

Peggy dejó escapar un sollozo y se apoyó sobre el pecho de Ewing que la sostuvo y le susurró al oído:

—Valor, valor, hija mía.

El tercer redoble del tambor se dejó oír. Aquel redoble repercutía con acento desgarrado en el corazón de Peggy. El que ahora entraba apenas podía sostenerse sobre sus piernas. Los soldados

tenían que llevarle casi en brazos. Su cabeza caía sobre su pecho, como si ya estuviera muerto. Peggy dió un grito:

—¡Es él!... ¡Es él!...

El reo, al escuchar aquella voz de mujer, hizo un esfuerzo y levantó la frente. No era Samuel Mudd. Peggy volvió a apoyar su cabeza desfallecida sobre el pecho de Ewing, que sufría con ella aquella espantosa tortura que parecía no iba a acabar jamás.

Aun sonaron de nuevo los tambores anunciando la entrada de nuevos reos. La ceremonia fué breve y trágica. Los que presenciaron la ejecución sintieron el calo frío del terror cuando el verdugo puso manos a la obra. Aun los más duros y empedernidos tuvieron que apartar los ojos de aquel espectáculo espeluznante. Peggy sollozaba en silencio con unos sollozos que le aliviaban el alma. Sam no estaba entre los ejecutados. Si aun vivía aun podía tener esperanza. Si aun vivía, acaso, algún día, podrían rehacer su existencia deshecha por la残酷 de un destino perverso. Si aun vivía podría renacer de nuevo la felicidad truncada en su plenitud.

—¡No le han matado!... ¡No le han matado!—exclamó, mirando fijamente a Ewing a través de sus lágrimas mostrando en sus pupilas claras y azules aquel rayo de esperanza que le iluminaba el alma—. ¿Qué será de él?

—Le han condenado a cadena perpetua... Irá a cumplir al penal de Dry

Tortugas, el infierno de los reos—contestó la voz de un guardián que había escuchado la anhelante pregunta de Peggy.

¡Dry Tortuga!... América, en 1865, tenía su isla del diablo, su infierno salvaje, su paraje sombrío, un pedazo del verdadero infierno del Dante condensado en un pequeña isla situada en el golfo de México, en la que la vida de los condenados a cumplir en aquel penal era el irónico nombre de una muerte lenta y espantosa en medio de los más terribles sufrimientos y de las vejaciones más infamantes.

Samuel Mudd, el inocente médico que había cumplido con su sagrada misión en una noche lejana, fué condenado a ir a sufrir todo el espanto y el horror de Dry Tortugas, la isla del diablo.

Toda la isla era una fortificación. Sobre el peñasco que se alzaba en medio del mar, la maldad de los hombres había alzado aquellos torreones, aquellas paredes impenetrables, aquellos calabozos tortuosos y sombríos en donde se enterraba en vida a los que la ley condenaba, con razón o sin ella. De día y de noche vigilaban todas las puertas negros gigantescos puestos al servicio del gobierno de los Estados Unidos, negros que odiaban al blanco del que hasta entonces habían sido esclavos, negros que eran como panteras en acecho para saltar sobre la presa que intentara escaparse. De día y de noche los potentes

reflectores giratorios que estaban instalados en los torreones iluminaban con su fatídica luz todos los rincones de los patios y la lejanía del mar para que ninguno de los condenados pudiera intentar una fuga a través de los pasadizos en sombras ni alcanzar embarcación de ninguna clase que se acercara a la isla del diablo.

El penal tenía sus servidores blancos, más crueles, más feroces, más malvados que los guardianes negros, porque éstos no eran más que fieras del desierto azuzadas por el odio, mientras aquellos hacían servir su inteligencia y su instrucción para hacer más crueles y más duros los castigos. Al frente de los soldados blancos estaba el comandante Rankin, un hombre infame que se complacía en las torturas de sus subordinados y que no perdonaba vejación a aquel que llegaba a las puertas del penal con una sentencia que cumplir.

Aquel día había llegado barco de Washington. Rankin, rodeado de su estado mayor, esperaba la llegada de los reos que el barco había traído. Sabía el número de ellos y la calidad de cada uno. Sabía también cómo había de tratar a cada uno de los reos llegados.

—Que se presenten los condenados—ordenó, acariciándose la fina barbilla negra que le alargaba más el rostro demacrado, mefistofélico, en el que los ojos grandes y claros, de mirada ace-

rada y perversa, ponían una nota maquiavélica.

Unidos todos a una misma cadena, arrastrando sus grillos y llevando las manos esposadas, comparecieron los que acababan de llegar al penal de Dry Tortugas. Rankin paseó por todos ellos una mirada fría e impertinente y se acarició de nuevo la barba, recostándose en le respaldo de la silla.

—Váyamelos presentando—dijo a su ayudante.

Uno a uno fueron pasando ante la inspección del comandante Rankin. Uno a uno fué examinado cuidadosamente por la mirada de aquel hombre sin entrañas y sin conciencia. Uno a uno mostraron su desesperanza, su desaliento, su agonía al verse encerrados en aquel penal. La muerte hubiera sido mil veces más piadosa con ellos, porque la muerte es el descanso y ahora, ellos, comenzarían a sufrir.

—Samuel A. Mudd—dijo, de pronto, una voz serena y varonil, que no era la voz del ayudante de Rankin, sino la voz del propio Samuel Mudd que se presentaba a sí mismo, con la nobleza y la dignidad que siempre tiene el que posee la conciencia de su inculpabilidad. Rankin se levantó al escuchar aquel nombre. Sus ojos adquirieron mayor frialdad y mayor dureza.

—Samuel A. Mudd...—repitió lentamente, acercándose a aquel condenado que parecía inspirarle una especial pre-

dilección—. Doctor Mudd, le esperaba a usted desde hace algunas semanas... Ha tardado mucho en llegar a este delicioso paraíso de los condenados... No comprendo por qué le han dejado con vida... Debían haberle ahorcado, como a los demás, Judas, traidor, infame... Pero yo le prometo que ha de lamentar usted que no le hayan matado... lo ha de lamentar, a fe mía... Mirad, carroñas, mirad lo que se le hace a un traidor...—añadió, dirigiéndose a los demás condenados.

Y con un golpe certero, dado en la barbilla del indefenso Samuel Mudd, le hizo caer al suelo arrastrando sus pesadísimas cadenas.

—Eso es lo que se hace con un Judas... Miradle bien... Este fué el que mató a Lincoln, al hombre más grande y más bueno que ha tenido Estados Unidos... ¡Asesino!... ¡Asesino!...

Samuel Mudd no profirió ni una palabra. Los largos meses que en Washington había durado su proceso, las injusticias allí sufridas, el desencanto de no haber podido hacer lucir su inocencia ante jurados competentes y ante hombres que tenían el deber de escucharle y de juzgarle con imparcialidad, le había acostumbrado a recibir los golpes en silencio, en un silencio tenaz y sombrío, resignado y solemne. Solamente en sus ojos asomaba la protesta callada de su alma por aquella injusticia que con él se cometía; pero era una

protesta dulce; la protesta de un hombre que sabe que algún día, aunque sea después de su muerte, su inocencia resplandecerá y será reivindicado su nombre.

Rankin siguió examinando a los presos y, al terminar, ordenó que dejaran las cadenas y que se les condujera al puente levadizo, al puente que unía la isla al pequeño puerto al que podían arribar las embarcaciones.

—Antes de qe toméis posesión de vuestra nueva casa—les dijo con aquella voz que era como un lancetazo de áspid—quiero daros unas pequeñas explicaciones muy necesarias para vosotros, porque no se me escapa a mí que todos y cada uno de vosotros estáis pensando en lo mismo: en la fuga... ¿No es verdad?... Pues bien, tenemos un remedio infalible para curar esos pensamientos insanos... Acercaos... Usted primero, doctor Mudd, usted primero — añadió, cediendo el paso con una exagerada cortesía a Samuel Mudd que, bajando la cabeza con tristeza, se adelantó por el puente levadizo.

Todos los prisioneros se agruparon en torno al comandante Rankin, esperando escuchar aquellas palabras que quería decirles y que todos comprendían no podían ser ningún halago para ellos.

—Amigos míos — siguió diciendo Rankin, mirándoles con aquellos ojos que helaban la sangre en las venas—,

cuando sintáis ansia de libertad pensad bien que esta isla está rodeada por un foso, un foso que, como podéis ver, no es un juguete... Tiene setenta y siete pies de ancho por treinta y cinco de profundidad... ¿No os parece fácil poder atravesarlo a nado?... Sí, sin duda todos estáis pensando que se puede atravesar muy fácilmente nadando con energía debajo del agua para que los focos potentes de los torreones no lleguen a descubrirnos... ¡Pero, oh, no sabéis aun lo mejor!... En este foso tenemos guardado un verdadero tesoro... un tesoro que estoy seguro que ninguno de vosotros querrá alcanzar... Os lo voy a mostrar para que os deis perfecta cuenta de ello... Acercaos, acercaos al parapeto. El tesoro está formado por unos animalitos muy amables que nos ayudan en nuestra difícil tarea de vigilancia... Unos animalitos casi inofensivos... a los que algunas veces nos divertimos dándoles alimento... Vais a ver, vais a ver...

Rankin tomó un pedazo de carne que le entregó su ayudante y lo arrojó al agua, lanzando una carcajada de desdén y de burla.

Al instante una verdadera manada de tiburones se disputó el botín dando saltos por entre las turbias aguas del foso.

—Hay más tiburones de los que podéis imaginar...—dijo Rankin, mirando a los pobres condenados que habían sen-

tido un calofrío de espanto ante aquella crueldad insospechada—. Más tiburones de los que podríais contar, si os diéramos tiempo para ello... Ningún hombre puede alcanzar a nado ninguna embarcación... Los tiburones darían cuenta de él en un instante... Podéis retiraros... La lección ha terminado.

Los cancerberos acompañaron a los prisioneros a sus calabozos. Samuel Mudd sentía en su yo interior toda la pesadumbre de aquel castigo superior a toda culpa humana. Y él lo sufría siendo inocente. Y siendo inocente la injusticia humana, el odio que se acumula en el alma de los hombres, le había condenado como al más culpable de los criminales. Parecía que todas las puertas de la esperanza se habían cerrado para él al entrar en aquel dominio de la残酷 de los hombres.

Acompañado de su guardián cruzó varios patios, atravesó largos corredores sombríos y espantosos... En todas las esquinas, en todos los rincones, en todo los lugares más insospechados, había negros vigilando... La huída era imposible... Había que perder toda esperanza...

De pronto, al dar vuelta a uno de los corredores, Samuel Mudd lanzó una exclamación de sorpresa: acababa de reconocer en uno de los negros gigantescos a Buck, a su fiel Buck, al marido de Rosabel, al negrazo que tan desinteresadamente le había servido y al que

tantos servicios había prestado, a Buck, a cuyos hijos había él traído al mundo asistiendo a la fecunda Rosabel.

—¡Buck!...—exclamó Samuel Mudd, tendiendo al negro sus manos esposadas.

—Sigue tu camino, hombre blanco— replicó Buck con desdén, con odio, con despecho.

Samuel Mudd tuvo en sus ojos una expresión de sorpresa y de dolor, dejó caer aquellas manos que se habían tendido en un gesto de simpatía y de amistad, y siguió marchando vencido por el peso de una angustia que no podía soportar. ¿No habría para él ni el más ligero amparo? ¿Le habría cerrado el cielo todas las puertas? ¿Tenía que sufrir la injusticia de la calumnia que sobre él pesaba sin que una mano amiga viniera a auxiliarle en su soledad? Samuel Mudd callaba y sufrió... Aun no quería perder por entero la esperanza; aun quería conservar en su corazón un rayo de luz, por tenue que fuese...

Por la tarde le llevaron a la enfermería para que ayudara al médico director del penal. Era el doctor un hombre que frisaba en los sesenta y que dedicaba por entero sus horas al estudio de los microbios. En aquella isla había mucho que estudiar. Los mosquitos malignos habían tomado posesión de ella y eran muchísimos los prisioneros y guardianes que morían de la picadura del insecto. El médico se había propues-

to conocer la enfermedad que aquellos mosquitos producían y estudiaba al microscopio las larvas y pasaba largas horas de investigación concienzuda, pero poco fructífera, porque en aquella época todavía estaba muy atrasada la ciencia de la investigación científica.

Samuel Mudd llegó al laboratorio del doctor acompañado por el guardián que no le dejaba ni un momento y que le presentó suscitadamente:

—Un prisionero, señor, que viene a ayudarle.

—Un momento, un momento—replicó el doctor sin apartar la vista del microscopio—. Esto es muy interesante, muy interesante... larvas de mosquito, del mosquito que propaga la fiebre amarilla, del mosquito que es uno de los peores enemigos del hombre... Muy interesante... pero sólo muy interesante para el médico — añadió, mirando al prisionero que se mantenía a respetuosa distancia y que le escuchaba con atención.

—También yo soy médico — replicó Samuel Mudd, con una leve sonrisa en los labios.

—¡Oh, cuánto me alegra!... ¡Médico!... ¡Un colega con el que discutir de todas estas cosas!—exclamó el doctor, tendiendo la mano a Mudd.

—Es el doctor Mudd — explicó el guardián.

—¿El doctor Mudd?... ¡Oh!...—murmuró el médico del penal, retirando la

mano que había tendido en un ademán de bienvenida, y trocando en expresión hurañea su expresión de simpática acogida.

Samuel Mudd sufrió aquella nueva humillación con un valor y una serenidad que sólo pueden dar los grandes sufrimientos.

—Pensaba que...—murmuró, mirando con una mirada de súplica al médico—, pensaba que usted, como médico, podría comprender las circunstancias de mi caso, la obligación que me imponía mi profesión de curar al herido que llamaba a la puerta de mi casa, sin inquirir quién era ni de dónde venía... Los médicos nos debemos al bienestar de la humanidad... No podemos pedir al enfermo su filiación... Para nosotros no hay más que personas que sufren... ¿Qué nos importa que sea un criminal, ni qué tenemos nosotros que ver con ello? Hemos de aliviar un dolor, si nos es posible; hemos de atajar una enfermedad, si está en nuestra mano hacerlo: éste es nuestro único deber...

—Doctor Mudd—interrumpió el médico—, si ha pensado encontrar aquí alguna simpatía, se ha equivocado usted. La profesión que ha deshonrado está avergonzada de usted, avergonzada de contarle a usted entre sus miembros. Como médico le digo que le desprecio a usted profundamente; como hombre que le odio también profundamente.

—Y si yo le jurara por el honor de

P R I S I O N E R O D E L O D I O

nuestra profesión, por el honor de esta profesión que los dos representamos y amamos, que soy inocente, que nada tengo que ver con el asesinato del presidente Lincoln?

—Ningún juramento salido de labios

de un criminal y de un traidor puede ser tomado en cuenta—replicó el médico, volviendo la espalda al procesado.

Samuel Mudd no replicó. Seguiría callando y sufriendo... ¿Resplandecería algún día la verdad de su inocencia?

* * *

Cuando caía la tarde, cuando el sol se hundía en el horizonte a descansar en el lecho de las olas y el cielo adquiría el tinte opalino de los atardeceres serenos, resonaba por todos los ámbitos del penal el cuerno que anunciaba la hora de cerrar las puertas y de levantar el puente. Los negros corrían a cumplir su tarea. Los pesados portones se cerraban con un crujir de hierros amenazador y el silencio se hacía más hosco en el interior de los gruesos paredones del penal, al que ni siquiera llegaba el dulce canto del mar que se rompía en los acantilados de la costa.

Samuel Mudd no podía dormir. Encerrado en su celda había escuchado el estrépito del cuerno, el ruido de los cerrojos, el paso de la guardia que estaba de ronda y que, en un ritmo monótono, oía alejarse y casi perderse en la

lejanía para aumentar su sonido por el lado opuesto hasta que pasaban por delante de la puerta de su calabozo. Siguiendo el ruido de los pasos de la ronda hubiera podido medir el tiempo. Pero no le importaba medirlo. ¿Para qué?... Hoy como ayer... mañana como hoy... ¡y siempre igual!... ¡Siempre igual hasta que llegara la muerte y le cerrara piadosamente los ojos, aquellos ojos que no podían llorar y que sentían el ansia de libertad y de la vida que se le había negado para siempre.

Mudd seguía escuchando aquellos ruidos que le hacían compañía en su soledad y, por entre los barrotes del estrecho ventanuco que daba luz a su celda de presidiario, había visto la desaparición del sol, había visto encenderse en oro y fuego las aguas del océano y las había visto tornarse grises, de un

gris acerado como los ojos del comandante Rankin y había visto morir en el horizonte los últimos resplandores del sol y asomar las primeras estrellas que parpadeaban como si despertaran de un sueño magnífico. Luego el mar se había quedado negro y se escuchaba a lo lejos su sereno palpitar. Y en el cielo las estrellas eran brillantes como los ojos de la mujer amada. Mientras en el interior de la celda de Samuel Mudd era todo oscuridad y desesperación.

De pronto le pareció a Mudd oír su nombre. Aquello no era posible. Debía estar soñando o, el mismo hondo silencio que le rodeaba le traía el eco de una voz amiga. Escuchó con atención... Sí, no se equivocaba, le llamaban... Era la voz de Buck, de su fiel negro... Una voz amedrentada y tenue:

—Mi amo... mi amo...—decía dulcemente el negro, asomando a la mirilla de la puerta su rostro más negro que la noche misma

—¡Oh, Buck!—exclamó Samuel con alegría, acercándose a la puerta.

—Perdóneme, mi amo, perdóneme... por lo de esta mañana... ¡Pero tenía tanto miedo!...

—Comprendo, Buck, comprendo.

—No podía decirle nada entonces, mi amo, porque hubieran sospechado de mí...

—Comprendo, Buck... pero, lo que no comprendo es qué es lo que haces aquí...—murmuró Samuel en voz muy

baja, siempre temiendo que alguien pudiera sorprender aquella conversación y le privaran de la dicha de hablar con una persona amiga,

—Le esperaba a usted, mi amo... ¿Sabe, mi amito?... Ama Peggy me suplicó que viniera a esta isla de guardián, para poder estar cerca de usted y ayudarle en todo cuanto pudiera... Ayudarle a escapar, si algún día es esto posible...

—¡Oh, Buck, Buck!...—exclamó Sam con la voz entrecortada por la emoción. —Tú me traes el único hábito de esperanza que a mí llega desde que me condenaron...

—Sí, mi amo... hay que tener esperanza... Ama Peggy no le abandona ni un momento... Ella me dió esto para usted... Es jabón, mi amo...

—¿Jabón?

—Sí... pero no para lavarse... sino para ponérselo en la cara para que no le piquen los mosquitos... Todo el mundo sabe que en esta isla los mosquitos son dañinos... ¡Cuidado, mi amo!—añadió, dando un salto de pantera y yendo a esconderse tras uno de los pilares.

La ronda pasaba precipitada en su constante rondar a través de los pasillos en su viaje de vigilancia.

Samuel Mudd se apelotonó en un rincón de su celda, y cuando la ronda hubo pasado se acercó a la ventana y siguió mirando a la noche sin fin, al espacio inacabable, al horizonte salpicado

do de puntos de luz que eran como los chispazos de la esperanza que se habían encendido en su corazón al encontrarse con Buck, el fiel negrazo que le sacrificaba su vida para estar a su lado.

Buck había dicho la verdad. Peggy no perdía ni un instante para conseguir la rehabilitación de su marido. Trabajaba ahincadamente y con un heroísmo que ella misma desconociera hasta entonces. El dolor la había convertido en mujer. De aquella niña mimada por su marido, de aquella criatura dulce, ideal, soñadora, feliz en su vida quieta y recogida de esposa de médico rural, se había transformado en mujer activa, en toda una mujer que no se amilanaba ante los generales y los fiscales y los presidentes de los Tribunales a los que se dirigía para pedir una revisión de la causa de su marido y una sentencia absolutoria que lograra no sólo devolver a sus brazos al hombre amado, sino rehabilitar el nombre que ahora estaba envuelto en la mancha infamante de un horrendo crimen.

El general Ewing la había ayudado mucho en los primeros tiempos, pero desde que Samuel Mudd había sido condenado a cadena perpetua y encerrado en el penal de Dry Tortugas, el general Ewing se desentendía un tanto de la causa, creyendo que ya estaba todo perdido.

Peggy, sin embargo, no se desanima-

ba. Convencida como estaba de la inocencia de su marido, no quería dejarle abandonado a la injusticia de que era víctima. Estaba decidida a arrostrarlo todo, a remover cielo y tierra para conseguir su libertad y su rehabilitación, aunque para ello tuviera que sacrificar su hacienda y toda su vida.

Su padre, el viejo coronel de los ejércitos del Sur, la ayudaba en aquella empresa ardua y difícil. Se había convertido en el protector de su hija y en el paladín de la justicia. Sentía hervir en furor su sangre del Sur ante la condena de su yerno llevada a cabo por las gentes del Norte, aquellas gentes que seguirían siendo siempre los enemigos del viejo que no lograba amoldarse a las normas de paz dictadas por el desaparecido. Acaso si aquel odio acrecentado por una cruenta guerra no se hubiera desencadenado injustamente en el inocente doctor Mudd, el coronel hubiera logrado apagar en su pecho el odio que él sentía por los yankees; pero la injusticia cometida le había avisado la herida producida en sus sentimientos por el triunfo de los Estados del Norte y ahora quería a toda costa reivindicar a su hijo político para humillar a aquellos que le habían humillado a él.

En aquella lucha para hacer resaltar la verdad, habían encontrado el coronel y su hija un hombre comprensivo y bueno que se proponía ayudarles

en su empresa, el juez Maiben, del Tribunal de Casación de Washington.

—El juez Maiben es yankee—decía el viejo soldado del Sur—, pero es una persona honrada.

Y era este el mejor elogio que el padre de Peggy podría hacer de un hombre del Norte.

Maiben se reía de las ocurrencias del viejo, al que perdonaba su exacerbado odio a los yankees, y se compadecía de aquella deliciosa mujercita que merecía toda la felicidad y a la que el destino golpeaba despiadadamente.

Peggy estaba ilusionada con las promesas de Maiben, pero nada quería hacer sin consultarla con el general Ewing, que tanto había hecho por la causa de su marido. No paró hasta que logró reunir a los dos hombres en su casa para que entablaran conocimiento y se pusieran de acuerdo sobre el plan que ella había trazado inspirada por el amor apasionado y cada día más firme que sentía por su esposo, por su Sam, por el hombre al que habían arrancado de sus brazos en plena felicidad.

Su padre se encargó de llevarle a casa a Ewing un día en que el juez Maiben estaba con ella.

—Querida—le dijo, entrando en la sala de recibo donde Peggy departía con Maiben—, aquí te traigo a nuestro buen amigo el general.

—¡Oh, general Ewing, bien venido!...

—replicó Peggy, jugando con naturalidad su papel y como si en realidad fuera para ella una sorpresa la presencia de Ewing en su casa, cuando había sido una cosa preparada de antemano por ella y su padre—. Le presento a míster Maiben, juez del Tribunal de Casación de Washington.

—Maiben es yankee; pero es honrado— aclaró el viejo coronel.

—Gracias, coronel—replicó Maiben riendo y tendiendo la mano al general Ewing.

—Maiben nos va a ayudar a poner en libertad a Sam—siguió diciendo el coronel, que estaba ardiendo en deseos de entrar en materia lo antes posible.

Peggy hubiera llevado el asunto con más diplomacia; pero su padre se impacientaba y no había más remedio que entrar en él de lleno y sin embajes.

—Sí, general, míster Maiben nos va a ayudar en nuestra empresa... Pero, síntese usted, por favor, y déjeme que le explique nuestro plan... Atendiendo mis reiteradas súplicas, míster Maiben ha estudiado a fondo la causa instruida a mi marido por el supuesto delito de complot en el asesinato del presidente Lincoln. Lo ha estudiado en todos sus puntos...

—Y estoy convencido de que ningún Tribunal civil hubiera condenado al doctor Mudd—interrumpió Maiben, que tenía la certeza de la inocencia de Samuel Mudd.



El doctor Mudd despidió a los extraños personajes.



—¡Cincuenta dólares!—exclamó Mudd con asombro.



—Doctor Mudd, dése por detenido...



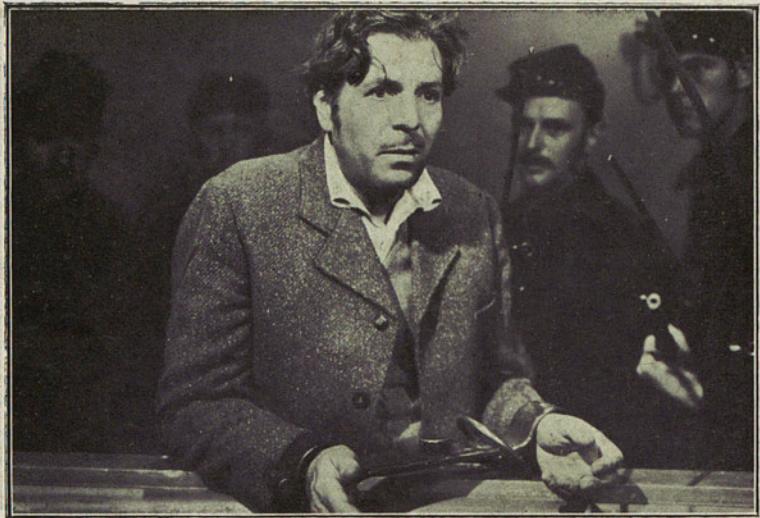
—¿No sabe nada de Samuel Mudd?—preguntaba con ansia Peggy.



Peggy pasó por todas las torturas de su corazón amante.



Samuel Mudd contempló con triste mirada al Tribunal.



—Juro ante Dios que soy inocente.



—Ustedes. Uncidos a una misma cadena llegaron los condenados.

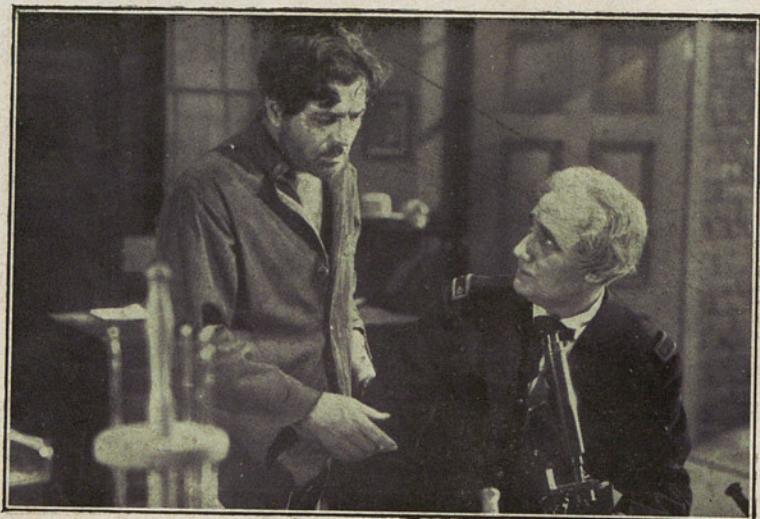
—Somos vos



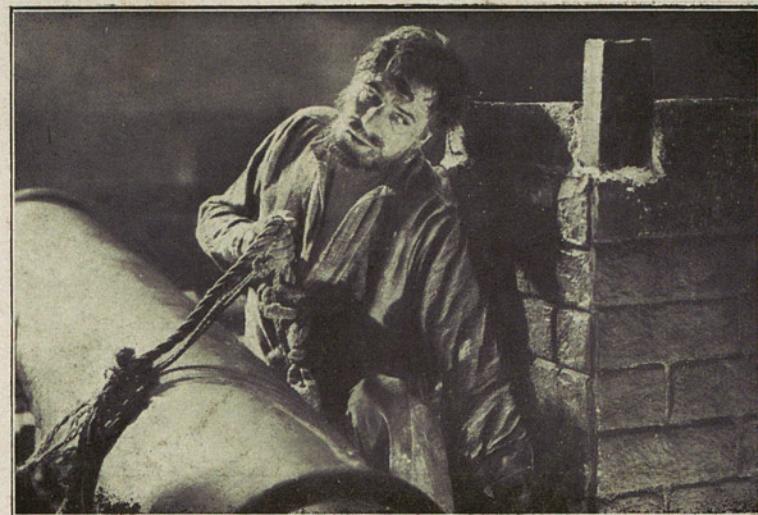
—Marta, papá estará mucho tiempo lejos de nosotras..



—Sigue tu camino, hombre blanco—dijo Buck, con desprecio.



—¿Y si le jurara en nombre de la profesión, que los dos amamos, que soy inocente?



Se agazapó junto al cañón huyendo de la luz que le perseguía.



Penosamente llegó a la primera cornisa.

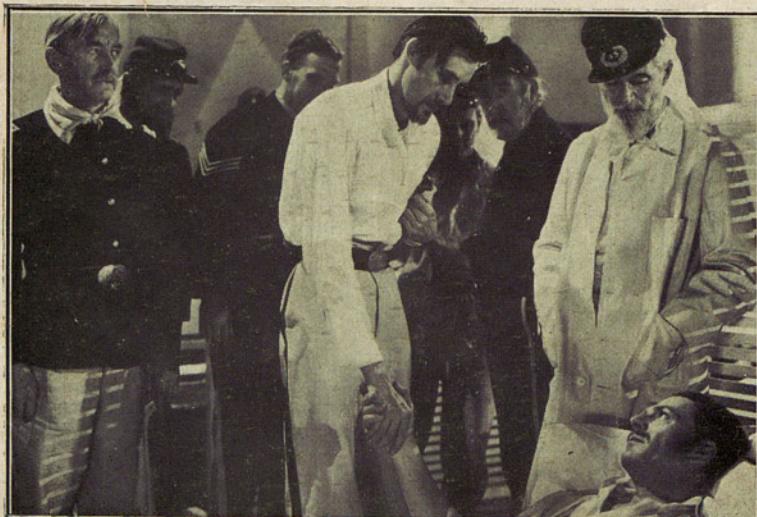


Samuel Mudd había perdido toda esperanza...

P R I S I O N E R O D E L O D I O



Le llevaron casi en hombros hasta la puerta de la mazmorra.



Se estrecharon la mano en un apretón de amistad.

—¿Y tienen ustedes algún plan para dar la libertad al condenado?—interrogó el general Ewing, que se había puesto repentinamente serio al escuchar las palabras del hombre de leyes.

—El plan lo ha trazado, con su magnífica intuición femenina, la señora Mudd—replicó Maiben—. Ningún abogado hubiera logrado una cosa tan acabada y perfecta como la que se le ha ocurrido a ella.

—General — dijo Peggy, queriendo convencer al que hasta entonces la había secundado tan admirablemente—, ya que todos los resortes militares han fracasado, debemos intentar una revisión civil... Acaso el Tribunal de Key West se sentirá honrado en poder revisar la causa y dictar una sentencia favorable al inculpado...

—Pero el doctor Mudd no está en Key West—interrumpió el general, sin comprender el plan de aquella mujer.

—Todavía no está en Key West—corrigió Peggy, con una dulce sonrisa de triunfo y acentuando mucho la primera palabra.

—¿No le he dicho que su plan es fantástico?—añadió Maiben, frotándose las manos complacido.

—Pero, señora, usted no se atreverá...—murmuró el general Ewing, comenzando a comprender.

—Me atreveré a todo, general, con tal de poder salvar a mi marido; de poderle salvar y de rehabilitar su nom-

bre... Me atreveré a todo y repito que no es sólo la libertad lo que quiero para él, sino la reivindicación. Es inocente y quiero que todo el mundo lo sepa—dijo Peggy con una energía y una decisión admirables.

—Pero, señora... ¿No sería mejor esperar?...

—¿Esperar?—repitió Peggy, mirando con una mirada brillante al general—. ¿Esperar qué? ¿Esperar a que el Gobierno mate a mi marido? ¿Esperar a que los meses pasados en el espantoso penal en el que le han encerrado acaben con su razón?... ¡Esperar!... ¡Eso es todo lo que hemos hecho desde que le detuvieron!... ¡Esperar!... ¡Y tener fe!... ¡Y tener esperanza!... ¡Oh, no, no quiero esperar más!... Hay que poner todos los medios para libertarlo... No puedo esperar... Quiero ayudar a mi marido y, esperando, sólo le ayudo a morir lentamente entre las paredes y los barrotes de presidio... Tengo un medio para libertar a Sam.

—Y yo tengo el convencimiento—añadió Maiben—de que si el doctor Mudd logra presentarse ante un Tribunal civil, antel el Tribunal de Key West, por ejemplo, logrará su rehabilitación, porque el atestado es muy claro y explícito y en él no hay la menor huella de culpabilidad. Hemos de lograr sacarle del penal y trasladarle a Key West... Luego todo será fácil y trillado... La señora Mudd tiene el plan tra-

zado para lograr que su marido salga del penal... Luego yo tomaré cartas en el asunto.

—Ya ve que todo resulta fácil...—dijo Peggy con entusiasmo—. Ya sé que la empresa es arriesgada y que se necesita mucho dinero; pero no importa; estoy dispuesta a todo. Venderemos, empeñaremos lo que sea necesario hasta alcanzar la suma que necesitamos... ¡Oh, general, comprenda lo que esto representa para mí!... ¡Es toda mi vida, toda mi felicidad, todo mi amor el que se juega en esta empresa!... ¡Es la vida de mi hija y de mi marido!... ¡Es todo cuanto yo tengo en el mundo, general!... Y únicamente pido un poco de ayuda; su apoyo, general, su asentimiento a este plan mío que ,aunque parezca descabellado, es un plan factible...

—¿Qué ayuda puedo yo prestarle en esta locura? — preguntó el general, frunciendo el ceño.

—Que nos dé hombres y un barco para ir a libertar a Sam...—dijo el coronel con altivez—. Yo puedo contar con toda la brigada de mi ejército del Sur. En venticuatro horas puedo reunirles... Si usted nos da más hombres podremos asaltar la isla y libertar a Sam y pegar fuego al odioso presidio inventado por los yankees para torturar a los hombres...

—Lo siento mucho, pero no puedo tomar parte en esta locura—dijo el general, poniéndose en pie y disponiéndose a partir—. Desde este momento me desentiendo del caso...

—Pero... usted no puede abandonarme en estos momentos decisivos...—suplicó Peggy.

—Lo siento, señora, pero el plan es demasiado arriesgado y no quiero jugar una partida que estoy seguro que se ha de perder... Y si quiere escuchar mi consejo no se exponga a correr ese riesgo... Abandone su proyecto y espere... Buenas tardes, señores.

Ewing salió de la casa sin añadir palabra. Peggy se quedó un momento silenciosa, con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo, como si por un momento desmayara su voluntad y, mirando a su padre con una mirada triste y desalentada, le preguntó:

—Y tú, qué piensas?

—¡Diablos!—gritó el coronel enfurecido—. Que ese hombre tiene el corazón de gallina... ¡Yankee tenía que ser!... ¡Y que estoy harto de ir por el camino legal!... Tribunal militar, jueces militares, abogados militares... ¡Al diablo con ellos!... Tú y yo solos nos bastamos para libertar a Sam... ¡Adelante, chiquilla!... ¿Ves esto?—añadió, mostrando una enorme espada que escondió bajó su paletó—. Me la regaló Jackson, y es Toledo puro... Si no la vendo por ciento cincuenta dólares, me daré el gusto de atravesar con ella el corazón del que me ofrezca menos... Abreme la puerta y ten esperanza, hija mía.

Sólo cuando las sombras de la noche lo invadían todo, podía Buck acercarse a la celda de su amo y hablar con él breves momentos para llevarle el consuelo de su voz amiga y leal. Entonces, esquivando la luz de los reflectores giratorios y huyendo de la ronda, podían cambiar algunas palabras y planear la fuga que desde lejos Peggy y su padre preparaban.

—Mi amo... Mi amo...—susurró aquella noche Buck, aprovechando el momento oportuno para acercarse a la puerta de Samuel Mudd.

Sam, al oír la voz de su fiel negro, sentía renacer en su corazón la esperanza y sonreía con una sonrisa que a penas se dibujaba en sus labios y que casi no cambiaba la expresión trágica de su rostro consumido por aquella vida terrible, mil veces más terrible que la misma muerte.

—¿Qué hay, Buck?—preguntó, acercándose al postigo y tratando de ver la cara del negro más negra aun que la noche misma.

—Carta, mi amo —replicó el negro, alargándole un papel.

Sam lo tomó con mano temblorosa y, acercándose a la débil luz de la vela que ardía en un rincón de la celda leyó ansiosamente aquella carta que Peggy le mandaba a través del fiel Buck.

“Todo está listo — decía la carta—. Estamos en Key West y tenemos alquilado el barco que ha de salvarte. Lo conocerás por dos luces móviles que habrá a lo largo del mástil. En él te esperamos. Valor, amor mío, valor y buena suerte...”

—Estoy presto, Buck—dijo Sam, después de haber leído aquella breve misiva en la que no iba ningún nombre que pudiera comprometer.

—¿Para esta noche?

—Para esta noche, Buck.

—Pero... ¿y el foso?... ¿Y los tiburones que hay en el foso?—preguntó Buck, que temía por la vida de su amo.

—Trataré de cruzar el puente.

—Pero en el puente hay guardia permanente, mi amo.

—Ya lo sé, pero también sé que es el único camino para salir al mar...

—¡Cuidado, mi amo!...

El negro se agazapó tras una colum-

na. Los pasos de la ronda resonaron en el silencio de la noche con ruido siniestro y se alejaron acompañadamente perdiéndose en la lejanía.

Volvió Buck junto al postigo y siguió diciendo:

—Mi amo... yo quiero huir con usted... yo me arreglaré para estar de guardia en el puente esta noche...

—Sí, Buck, correremos los dos la misma suerte... Oye; habrá una pequeña embarcación muy cerca de la isla... La conoceremos por dos luces que se moverán a lo largo de su mástil. Cruzaremos el puente y nos arrojaremos al mar... Llegaremos a nado hasta la embarcación.

—Sí, mi amo...

—Hasta las doce, Buck.

—Hasta las doce, mi amo.

El negrazo, huyendo del resplandor de los focos giratorios que lo iban iluminando todo, cruzó rápidamente el patio, seguro de que nadie le había visto. Pero de la sombra de uno de los grandes pilares, surgió la figura de Rankin, aquella figura satánica y odiosa a la que todos temían, y siguió con su mirada de acero al negro que se perdía por los oscuros pasadizos.

Rankin había sorprendido la conversación, sin haber logrado coger el sentido de las palabras, y se acercó a la celda de Sam, penetrando en ella con paso leve, para no ser oído por el penado.

—¿Qué haces ahí, Judas? —inquirió Rankin viendo a Mudd encaramado sobre el antepecho de la ventana.

Mudd no se inmutó. Estaba allí mirando al horizonte en el que se distinguía claramente la silueta de una embarcación a lo largo de cuyo mástil dos luces ascendían lentamente. A la pregunta de Rankin no contestó, y siguió mirando al horizonte con una mirada vaga y soñadora.

—Bonita vista... ¿eh? —siguió diciendo Rankin—. ¿Qué hay ahí fuera?

—El horizonte sin límites—replicó lentamente Mudd, apoyando su frente en los barrotes de hierro que le cerraba aquellos límites infinitos de la libertad.

Rankin dió un puntapié a la mesa, hurgó en el gergón y dió un golpe a Mudd, un golpe despiadado mientras le decía:

—No intente hacer nada de que pueda luego arrepentirse... doctor.

Y salió como había entrado, cerrando los dobles cerrojos de la celda de Mudd. Sam saltó de la ventana, buscó en el gergón lo que Rankin no había encontrado: los instrumentos para aserrar los barrotes y descolgarse por el alto ventanuco de su celda de prisionero. No había tiempo que perder. Era preciso aprovechar los momentos, antes de que Rankin volviera a hacer una nueva visita de inspección. Y se puso a trabajar con la actividad loca

P R I S I O N E R O D E L O D I O

y desesperada del que se juega la vida a una sola carta.

En el departamento de guardias, Rankin presidía el cambio de ronda que se efectuaba antes de la media noche. Tenía Rankin especial interés en vigilar él mismo precisamente aquella misma noche el cambio de guardia. La conversación sorprendida entre el negro y el más odiado de todos los prisioneros le tenía desasosegado. ¿Intentaría el doctor Mudd una fuga? ¿Sería un traidor aquel negrazo enorme al que nunca había podido conocer lo bastante bien para fiarse de él?

Acariciándose la barba negra y fina que sombreaba su pálido rostro endiablado, Rankin contempló a la brigada que iba a entrar de guardia y, tras un breve escrutinio, dijo:

—Número dos, adelántese.

El número dos era Buck, que se adelantó un paso obedeciendo la orden del comandante.

—¿Qué hacías en la celda de Mudd? —le preguntó Rankin mirándole fijamente con aquella mirada que helaba la sangre en las venas.

—¿Quién... yo? —murmuró el negro con un ligero temblor en la voz.

—Sí, tú; te he visto, perro...

—No era yo... —afirmó el negro, procurando adquirir un gesto decidido.

—¡Cuidado, perro, no vayas a enredarte en un mal paso! —aconsejó Rankin—. Vuelve a tu lugar, y que no

te vea hablar a solas con ningún prisionero... y mucho menos con Mudd.

La brigada de guardia, al paso, salió a ocupar su puesto, mientras Rankin seguía con la mirada a Buck y susurraba:

—No se lo que se llevan entre las manos... pero no he de parar hasta averiguarlo...

Y salió del cuarto de guardias, cruzó la galería, atravesó el patio y fué a mirar por el postigo de la celda de Mudd... ¡La celda estaba vacía!

Rankin se mordió el labio con ira. No quería dar aún la voz de alarma. Quería antes asegurarse de que Buck estaba complicado en aquel intento de fuga que no podía, no debía tener lugar. No dejaría escapar a Mudd, al odiado Mudd, al prisionero por el que sentía una ira sorda, un íntimo rencor. Volvió al cuarto de guardia y preguntó al sargento:

—¿Qué puesto ocupa esta noche el número dos de la brigada?

—Buck? Está en el puente. Ha cambiado su turno con el del puente...

—¡Perro!... ¡Ya me lo imaginaba!... Corre, ves a relevarle... Que otro tome su puesto y trae a Buck aquí, arrestado.

—Pero... ¿qué pasa? —interrogó el sargento, amedrentado por la expresión terrible del rostro de Rankin.

—Mudd se ha escapado de la celda—replicó éste lentamente, como mor-

diendo las palabras que le herían al salir de sus labios.

—¡Es preciso detenerle en seguida! —gritó el sargento corriendo hacia la puerta.

—Espera, espera un momento... —dijo Rankin, deteniéndole—. Es preciso detenerle, sí; pero no quiero que lo traigáis vivo, ¿comprendes?... Vamos a ver si le damos nosotros lo que no supo darle el tribunal militar... Pon doble guardia en el puente... Que se vigilen todas las salidas... Arma a todos los guardianes... Recorred los rincones más apartados de la fortaleza... ¡Que no tenga escape ese judas!... ¡Que lo traigan aquí muerto, muerto como un perro rabioso para que no pueda intentar escapar otra vez!...

El sargento salió a cumplir las órdenes. Los guardianes corrían a ocupar sus puestos con el arma presto a disparar. Todos tenían ya la consigna. Sabían que había escapado un preso de su celda y que era preciso detenerle... pero detenerle matándole... Era orden del comandante.

Por las galerías, por los patios, por los torreones... por todas partes tomaban puesto aquellas fieras al acecho de la presa. Todos querían tener la gloria de matar al fugitivo. Todos sabían que, si lograban matarle, tendrían una recompensa merecida, y todos querían lograr aquella recompensa. ¿Qué les importaba la vida de un

hombre?... ¿O es que se podía llamar vida a la existencia que arrastraban los penados en la fortaleza de Dry Tortugas?... Matar a un prisionero era un piadoso castigo... Podían tener la conciencia tranquila, aunque cometieran aquel crimen...

—¡Quién va!... —gritó Buck, al escuchar los pasos que se acercaban a él.

—Relevo —replicó la voz del sargento—. Orden del comandante. Dese por arrestado, Buck.

—Pero... pero... si yo... —balbuceó Buck, comprendiendo que todo estaba perdido.

—No repliques, carroña... Orden del comandante... Quedas arrestado...

Buck se quedó silencioso, bajó la cabeza, miró a la lejanía donde las dos luces seguían haciendo su señal de esperanza y de consuelo, y siguió al sargento vencido por la fuerza de aquel destino que se empeñaba en martirizar a su amo... ¡Sólo en su amo pensaba Buck mientras caminaba hacia su verdadera perdición!

Samuel Mudd no se había dado aún cuenta de todos aquellos preparativos. Había salido de la celda después de haber aserrado los barrotes de la ventana. Se había descolgado por una cuerda hasta alcanzar la primera cornisa y, huyendo siempre de la luz de los reflectores que parecían perseguirle constantemente, comenzó su corre-

ría a través de las galerías del penal. Se agazapaba tras los grandes pilares cuando la luz llegaba a él y aprovechaba el momento de obscuridad para adelantar unos pasos más. Aguzaba el oído para conocer de dónde venía el ruido de los pasos de la ronda de turno. Se dilataban sus pupilas mirando en la oscuridad para distinguir si alguien seguía sus pasos, si alguien se había dado cuenta de su huída y quería detenerle en aquel camino hacia la libertad.

Así logró cruzar el primer piso y pudo encaramarse por la muralla hasta uno de los torreones. Allí miró la dirección del barco. No estaba lejos la pequeña embarcación que hacía lucir su lucecita de esperanza, como en los cuentos de hadas y que, como en ellos, guardaba en su seno a la princesa encantadora que le haría renacer a la vida con la ternura de su cariño y con el calor de sus abrazos... Mudd sonrió levemente pensando en Peggy, en su Peggy adorada que lo había sacrificado todo para poder ir a libertarle. Aquel pensamiento le dió fuerza para seguir su marcha. Afianzó en uno de los cañones que guardaban la fortaleza la cuerda por la que se descolgaría hasta los pisos inferiores, aprovechando el momento de obscuridad que daba el foco giratorio. Era preciso actuar con mucha precisión y con mucha rapidez. Mudd sabía a lo que se exponía. Pero

sabía también que si salía triunfante era la felicidad la que coronaría aquellos momentos de angustia mortal y espantosa.

Tuvo que meterse debajo del cañón huyendo de la claridad del reflector. Luego, cogiéndose decidido a la cuerda, se dejó resbalar por ella hiriéndose las manos enflaquecidas y sintiendo el vértigo de aquella altura inconmensurable en la oscuridad de la noche. Si no lograba poner pie en la cornisa caería al foso, y Mudd sabía bien que los tiburones se darían un festín con sus pobres despojos.

Había llegado a la primera cornisa y descansó un momento. Le pareció oír ruido de pasos por todo el penal y voces y gritos... ¿Se habría descubierto su fuga?... Miró hacia abajo y vislumbró, allá en el puente, la figura del guardián. Mudd estaba seguro de que Buc le esperaba. Si lograba llegar al puente ya podía darse por salvado. Otra vez la luz del reflector llegaba a él. Se pegó a la muralla mirando con terror a todas partes. Estaba completamente iluminado por aquella luz. ¿Le habrían visto algunos ojos traidores?

Dió un hondo suspiro cuando de nuevo la oscuridad se hizo en torno suyo, y volvió a descender a lo largo de la soga. Tuvo que brincar para alcanzar la segunda cornisa. La soga se había acabado. Su salto fué preciso, pero tuvo un ligero balanceo y tuvo que agarrar-

se desesperadamente a la piedra para no caer al abismo. La luz del reflector le iluminó de nuevo, pero esta vez fué para Mudd un alivio poder mirar a través de aquella claridad. Estaba ya a la altura del puente. Sólo tenía que ir recorriendo la cornisa, aquella estrecha cornisa en la que a penas tenía cabida la punta del pie, y llegar así hasta cerca de Buck que le ayudaría a saltar al puente... Luego la huída a través del puente, el salto al mar, y nadar con brazadas firmes hasta alcanzar la embarcación...

Cogiéndose a los salientes de la muralla, caminando con sumo tiento, aguantando la respiración, sintiendo vacilar su ánimo en aquella empresa agotadora y angustiosa, se adelantó Mudd por la cornisa... ¡Cuántas veces tuvo que detenerse y quedarse como incrustado en la muralla para que la luz del reflector no le descubriera!... Sudaba copiosamente y las fuerzas comenzaban a faltarle. Sólo cuando miraba a lo lejos y veía las dos luces móviles de la embarcación que le estaba esperando, cobraba de nuevo ánimos.

Ya estaba cerca del puente. El guardián se paseaba a grandes pasos a lo ancho del mismo, con la carabina al hombro. Mudd le miró largamente, esperando que le hiciera alguna señal, pero el guardián parecía que no se daba cuenta de su presencia.

Samuel Mudd se adelantó aun algu-

nos pasos más. Luego, con discreción, llamó en voz baja:

—¡Buck!... ¡Buck!...

El guardián no debía haberle oído, porque no hizo la menor señal de inteligencia ni dejó de pasearse con grandes pasos haciendo resonar el piso de madera del puente con sus botas claveteadas.

Samuel Mudd volvió a llamar, ahora en voz un tanto más alta:

—¡Buck!... ¡Buck!...

Esta vez el guardia le había oido... pero el guardia no era Buck, y, apoyando en su hombro la carabina, apuntó hacia donde había resonado aquella voz. Samuel Mudd se quedó petrificado al ver aquel gesto, al comprender que que no era Buck el guardián del puente, al darse cuenta de que todo su viaje peligroso y agotador a través de los paredones del penal había sido inútil. Se quedó allí, adosado a la muralla, en espera de que no pudieran distinguirle.

Pero ya se había dado la voz de alarma... Ya todo el puente estaba lleno de negros enfurecidos, de negros dispuestos a saltar sobre la presa, sobre el hombre blanco al que odiaban con un odio acrecentado por la vida que se les hacía llevar en aquella espantosa fortaleza por los directores de ella que eran hombres blancos también. Ya Rankin estaba allí, al frente de aquellos hombres, más en-

furecido que ellos mismos, más airado y más satánico que todos ellos.

—¡Fuego!... ¡Fuego!... gritó Rankin, apuntando él también su pistola hacia el lugar donde Mudd se encontraba.

La oscuridad favoreció por un momento al fugitivo. Los focos giratorios no se habían aun posado en él y el tiroteo no le alcanzaba. Oía silbar las balas, sentía que rebocaban en la piedra dura de la muralla, tenía la sensación de que caía sobre él una verdadera lluvia de plomo, pero aun no se había sentido el golpe seco de aquellos plomos que podían acabar en un instante con su vida y con su ansia de libertad.

—Esperad!—ordenó Rankin, amartillando su pistola y siguiendo con la vista el haz luminoso del foco que se iba acercando.

Mudd miró al abismo... Comprendía que sólo arrojándose al foso podía salvarse... si los tiburones no le devoraban... La luz del reflector iba a posarse sobre él y veía brillar en la sombra el cañón de la pistola de Rankin que le apuntaba certeramente...

Cuando el foco se posó sobre él, cerró los ojos y se dejó caer al foso.

Una descarga cerrada se dejó oír. Todos a una habían disparado y disparaban sin cesar, siguiendo las ondulaciones del agua movida por las brazadas desesperadas de Samuel Mudd.

—¡Alto el fuego! —ordenó Rankin, sonriendo con una sonrisa infernal—.

Dejadle ya... No gastemos en vano nuestras municiones... Los tiburones harán mejor que nosotros la tarea de destrucción...

—¿Los tiburones?—preguntó el doctor, que había acudido también al puente a presenciar la caza del hombre blanco, de aquel que había deshonrado su profesión y al que nunca había querido reconocer como compañero—. ¿A qué tiburones se refiere, comandante?

—A qué tiburones puedo referirme, doctor? —replicó Rankin, acariciándose la barba.

—Comandante... si se refiere usted a los que había en el foso, debo advertirle que con este tiroteo los ha alejado usted para muchísimo tiempo...

Rankin soltó un juramento, insultó a sus hombres por haber disparado y dió orden de que se prepararan las lanchas. Era preciso perseguir al fugitivo. Era preciso detenerle. No quería abandonar a su presa ni quería dejar a otros el placer de cebarse en ella.

—Vigilad bien... Seguid su pista—decía, mientras se preparaban las lanchas.

—No se ve nada... El agua está oscura y quieta...

—Vigilad... Vigilad...—seguía diciendo Rankin.

Samuel Mudd, nadando bajo el agua, había logrado cruzar el puente y salir al mar abierto. Si tenía fuerzas bastantes para seguir nadando bajo el agua, estaba salvado. Aprovechaba siempre

el momento de oscuridad para salir a la superficie a recoger oxígeno en sus pulmones, y luego seguía braceando por entre las olas en dirección a aquellas dos luces que cada vez estaban más cerca de su vista. El barco se iba acercando a él lentamente...

Sobre la cubierta del pequeño buque, Peggy miraba con angustia la superficie de las olas. Había escuchado el tiroteo y comprendía que los momentos eran decisivos en aquella empresa que tan heroicamente llevaban a cabo ella y su padre.

Con el corazón apretujado por la incertidumbre, oteando en la oscuridad, queriendo penetrar el secreto de la noche y de las aguas, miraba con ansia infinita tratando de adivinar el lugar donde pudiera encontrarse su marido. ¿Le habría alcanzado alguna de las balas que contra él se habían disparado? ¿Había podido escapar de los tiburones que rodeaban la isla como un cinturón de muerte y de terror? ¿Tendría fuerzas bastantes para alcanzar la embarcación y dejar que las ma-

—Rankin... Rankin... — gritó desde el puente el director del penal—. Un barco va en busca del fugitivo... Apreseúraos... ¡Y traed vivo a Samuel Mudd! ¡La muerte sería demasiado piadosa para él!... ¡Ha de ser mayor el castigo de ese Judas!...

nos amantes de su mujer le devolvieran a la vida y a la esperanza de una nueva felicidad?

—Ahí, ahí está...—murmuró uno de los vigías que estaba mirando la dirección por la que Samuel Mudd se dirigía al buquecito.

En efecto, por sobre las olas, tranquilas aquella noche, se levantaba una nube de espuma, la nube que alzaban los brazos ya casi extenuados del fugitivo que se acercaba lentamente a su punto de salvación.

La tripulación toda se puso en movimiento. Se lanzaron al agua algunos salvavidas. Se movió el vaporcito con sumo tiento, acercándose a su vez al quebraceaba penosamente en el agua y, tras algunos esfuerzos, lograron levantarle y hacerle llegar sobre cubierta.

El viejo coronel le recibió en sus brazos. Sus ojos, que hacía mucho tiempo desconocían la presencia de las lágrimas, estaban ahora inundados de ellas. Miraba el rostro demacrado de su yerno, su cuerpo frágil empapado en agua, su mirada angustiosa y apagada, y sentía partírselle el corazón de dolor ante aquella imagen del sufrimiento y de la angustia. Pero hizo un esfuerzo sobre sí mismo y le dijo, abrazándole estrechamente:

—Sam, Sam, ya estás salvado... Ahora todo irá bien... Todo saldrá conforme a nuestros deseos... Sam, hijo mío, alegrate... La vida vuelve a ser tuya...

Sam se apoyó en el hombro de su suegro y volvió el rostro a Peggy que llegaba a él corriendo desolada.

—Oh, Sam!... ¡Sam!...—murmuraba Peggy sin encontrar otra palabra para decir a su marido, repitiendo aquel nombre querido que tantas veces había repetido en la soledad y que ahora decía una y otra vez, incansablemente, como si quisiera darse cuenta exacta de que Sam, su adorado Sam, volvía a estar en sus brazos.

—¡Peggy! — susurró casi sin voz, Sam, mirando dulcemente a su esposa, a aquella tierna criatura que había ideado aquel plan de fuga tan admirable y tan bello, tan bello que había logrado hacerle reposar sobre su seno su cabeza cansada de tanto sufrir y de tanto penar.

—¡Estás helado, mi vida!—dijo Peggy, abrazando a su marido.

—Está empapado — añadió el viejo coronel—. Vamos a bajarlo al camarote.

Con sumo cuidado, como si llevaran a un niño, le cogieron casi en brazos y le bajaron al camarote. Sam se apoyaba sobre el hombro de su suegro y el de su esposa y sentía renacer en él la calma que hacía tiempo había perdido. Apoyado así, sobre aquellos dos seres amados, sobre aquellos dos seres que ahora eran su único apoyo y su sola esperanza de salvación, bajó al camarote. Peggy le obligó a echarse sobre la litera. Sam estaba rendido por la fatiga y la angustia de aquella huída horrible, de aquella huída a través de la fortaleza acorralado por sus perseguidores, acribillado por las balas, amenazado por las fieras marinas que acechaban en el foso.

—¡Mi vida!... ¡Mi vida!...—suspiraba Peggy, abrazando y besando al adorado, al ser del que había estado separada durante unos meses espantosos de soledad y de tortura—. ¡Estás fatigado, herido, aniquilado!...

—No es nada... Estoy bien... Me siento el hombre más dichoso de la tierra —replicó Sam, besando dulcemente a su mujercita.

—Sí, sí, ahora está bien porque está en nuestras manos — dijo el coronel, que no quería dejarse llevar por la

emoción del momento y que hablaba muy recio para disimular sus lágrimas de ternura—. Ahora está bien y no dejaremos que vuelva a caer en manos de esos verdugos infernales.

—Sí, ahora estoy bien, porque estoy al lado de mi angel...—replicó Sam, mirando a Peggy que no se saciaba de besarle y acariciarle con ternura infinita.

—Mi vida... Todo está arreglado para que tu nombre se rehabilite... Todo está arreglado para que se revise el proceso y se falle a tu favor... Todo está arreglado para que te den la libertad y puedas estar junto a nosotros otra vez... ¡Si vieras cuánta falta nos haces!...

—Y Marta... ¿cómo está?—preguntó Mudd—. ¿No ha venido con vosotros?

—No. Te espera en Key West... Es demasiado niña para someterla a una prueba semejante.

—¿No se ha olvidado de mí?

—Olvidarte!... Si yo le he hablado de ti a todas horas, si minuto a minuto hemos seguido tu vida y te hemos recordado... ¿Cómo podía olvidarte?...

Una descarga cerrada se escuchó en la noche callada. Peggy se incorporó asustada y San tuvo un sobresalto y palideció intensamente.

—¿Qué ha sido? — inquirió Peggy, corriendo hacia su padre que se había puesto en guardia.

—Esos bandidos, que habrán venido

siguiendo a Sam... Yo los detendré... No hay que dejarles llegar a la embarcación... No temas hija mía, no temas... Todo se arreglará bien. No podemos fracasar después de haber triunfado.

—¡Oh, Sam, Sam!... ¡No pueden, no pueden arrebatarle a mis brazos, ahora que has vuelto a ellos!...

—No... ¿eh?...—dijo una voz sarcástica que resonó en el camarote como un latigazo—. ¡Ah, Judas!... Creías haber escapado... pero aun no, aun estás en mi poder... aun no te ha llegado la hora de la dicha... traidor...

Rankin estaba allí con sus hombres. Rankin, acariciándose la fina barba negra, mirando al fugitivo con aquellos ojos de acero que se clavaban como dardos y que atravesaban la piel y que iban a herir lo más íntimo del sentimiento.

Sam y Peggy se quedaron mudos, helados, absortos. Aquella aparición les había dejado paralizados. No eran capaces de defenderse. No eran capaces de protestar. No eran capaces más que de someterse al destino que, por segunda vez, despiadadamente, se cebaba en ellos y venía a aniquilar su dicha cuando mayor era ésta, cuando más necesitados estaban de ella.

Rankin dió orden a sus hombres de que se llevaran al prisionero. Sin miramientos, sin reparar en la herida que Mudd tenía en la frente, sin hacer caso de los desolados sollozos de su esposa,

PRISIONERO DEL ODIOS

cargaron con el fugitivo y salieron sin decir palabra, seguidos de Rankin y del coronel que quería vengarse de aquellos desalmados.

Peggy se dejó caer de brúces sobre el lecho en el que aun estaba intacta la huella del cuerpo de su esposo y sollozó locamente, desesperadamente, como si se acabara de separar de su marido para siempre.

Samuel Mudd fué llevado de nuevo a la isla del diablo, a la isla de Dry Tortugas de la que creía haber escapado para siempre. Fué llevado allá y fué tratado sin piedad alguna. Se le dió el mayor castigo que se podía dar a un prisionero: se le encerró en la cueva a la que no entraba ni el más tenue rayo de luz, a la que no llegaba ni el más leve sonido, en la que se podía morir lentamente sin que nada ni nadie pudeira venir a consolarle en aquella espantosa agonía.

Sólo un consuelo —¡triste y desesperante consuelo!— tuvo Samuel Mudd cuando volvió en sí del desmayo que le había producido la abundante sangría producida por la herida y la dolorosa

impresión de ser arrancado de los brazos de su esposa: en la cueva, a su lado, sin conocimiento también pero vivo todavía, estaba Buck, el fiel Buck que había sacrificado su vida toda para estar siempre al lado de su amo.

Samuel Mudd contempló con misericordia a Buck y le echó sobre la frente algunas gotas del agua que les habían dejado como todo alimento y como todo consuelo. Pronto Buck abrió aquellos ojos blancos, blancos, que lucían en su rostro negro y que ahora, en la oscuridad de la nueva celda que se les había destinado con refinada crueldad, lucían como los de una pantera en el desierto.

—Mi amo... — susurró el negro—. ¿También a usted?...

—También a mí, Buck—contestó lacónicamente Samuel Mudd, poniendo una mano sobre el hombro del negro.

Y los dos hombres se encerraron en un silencio trágico, como si temieran que cualquier palabra que pronunciaran desatara la tempestad de sollozos que se albergaba en sus pechos.

Marta se había quedado en Key West con la fiel criada negra que la quería como si fuera su hija. Sabía la niña que mamá había ido en busca de papá. Y que mamá, con abuelito, volverían pronto trayendo a aquel que hacía tanto tiempo faltaba del hogar.

La chiquilla vivía ilusionada. Estaba contenta de saber que su papá volvería pronto y que otra vez su mamá sonreiría con aquella sonrisa tan dulce y tan dichosa que ahora hacía mucho tiempo no asomaba a sus labios. Con esa extraña intuición de los niños, Marta no había preguntado nunca a su madre por su papá. Sabía que le daba pena a Peggy hablar del ausente y la chiquitina procuraba distraer a su madre de aquella idea dolorosa que le martirizaba en el cerebro y en el corazón. ¿No le había dicho su papá, aquella tarde en que se despidió de él, que no dejara llorar nunca a mamá? La niña había cumplido el mandato paterno y se había mantenido siempre un poco al margen de la pena de su madre, para no aumentársela hablándole de ella.

Pero ahora que sabía que iba a volver su papá estaba sobreexcitada y nerviosa. Se veía apurada la negra para calmar a la chiquilla y para sosegar su impaciencia y había inventado ya tantos cuentos de hadas que su imaginación comenzaba a resentirse y se repetía las mismas frases para distraer a la chiquilla y acabar con su eterna cantinela de:

—¿Cuándo vendrá papá?

Estaba ya la negra agotada cuando se abrió la puerta y entró Peggy con el aire contristado, el rostro pálido y los ojos brillantes de lágrimas. La criada comprendió en seguida que la empresa había sido un fracaso, miró a la niña, miró a la madre y bajó la cabeza como vencida por la fuerza de aquella desdicha.

Pero Marta no se había dado cuenta de nada. En su alegría infantil había corrido hacia su madre, se había abrazado a su cuello y le preguntaba con impaciencia y afán:

—¿Y papáito?... ¿Dónde está papáito?...

Peggy hizo un esfuerzo sobre sí mis-

PRISIONERO DEL ODIÓ

ma. No quería dar demasiada pena a su hijita. Quería evitar a la niña la angustia horrorosa del dolor en toda su残酷 y su dureza. Y procurando sonreír en medio de su desolación, abrazando muy fuerte sobre su pecho a aquel ser que era lo único que le quedaba en la vida, dijo con dulzura infinita:

—Papá no ha podido venir, querida... El quería venir a verte y a abrazarte... pero no ha podido...

Marta, sintiendo que algo irreparable había ocurrido, apoyó su cabecita dorada sobre el pecho de su madre y rompió a llorar con ese desconcierto de los pequeños que es algo doloroso y terrible.

—¡Oh, no, no, mi vida! —murmuró Peggy, acariciando a su hijita y sorbiendo a besos las lágrimas de la pequeña. —No llores, no llores... Papá vendrá algún día... No le hemos perdido para siempre, no... Te lo prometo... Papá volverá... Algún día volverá...

—¿Y el abuelito? —preguntó entonces la niña, resignada a no ver a su padre, pero ansiosa de abrazar al abuelo, al que muchas veces hacía enfadar, pero sin el que no podía vivir.

—¿Abuelito?... —susurró Peggy, conteniendo un sollozo que quería escapar de su angustiado corazón. — Abuelito... se ha marchado... se ha marchado muy lejos, muy lejos...

—¿Para siempre? —preguntó Marta, mirando a su madre con los ojos muy

abiertos, como si adivinara la tragedia que había sucedido.

—Para siempre... — contestó Peggy, dejando romper el dique de sus lágrimas y sollozando desesperadamente sobre su hijita que la acariciaba y lloraba con ella, como si de pronto, y por obra del dolor, se hubiera hecho mujer.

Pasaron los días... ¿Cuántos?... Para las gentes que hacían vida normal debía tener aquel lapso de tiempo un límite fijo... Para los dos infelices que vivían encerrados en la sombra y hasta los que no llegaba el más leve ruido, había perdido el tiempo su medida. Lo mismo podían haber pasado cuarenta y ocho horas que algunas semanas o meses acaso. La oscuridad y el silencio les había hecho perder la conciencia del tiempo. Habían dormitado algunos ratos... ¿o algunos días? Habían gritado hasta quedarse roncos. Habían lanzado imprecaciones y súplicas. Todo había sido en vano. Y ahora estaban aniquilados y desesperanzados. Sabían que la muerte les sorprendería allí, en aquel agujero inmundo. Ya no tendrían que enterrales, porque les habían enterrado en vida.

Samuel tenía más resistencia que Buck, porque en su mente se anidaba la resignación y la estoica filosofía del verdadero sabio. Buck era como una fiera que sufre y que no sabe más que sufrir y desesperarse. Y se revolvía en



completo y les obligó a
trasladándose a los E.
s en 1913. Las cosas se le
an bastante mal y Ramón
ceptar un empleo en un i
en donde, habiéndole visto
n, recibió la oferta de un
l prisionero de Zenda", en
la obtuvo gran éxito. "Scan
"El árabe" y "Ben-Hur" l
ama mundial. La invenció
onoro le permitió poder
o que valía como cantor.
Sans Géne" "Estudiantina"
ri" etc. "El gato y el vi
tiempos del vals", son su
jas.

aquella covacha como una pantera en jaula.

—¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí, mi amo?—preguntaba a cada rato, sin darse cuenta de que tan difícil le era a Sam responder como a él adivinar.

—No sé, Buck... Debe hacer tres días... o cuatro, quizás... No sé; he perdido la noción del tiempo.

—Mi amo... ¿podría darme un poco más de agua?... Tengo sed, una sed del infierno... ¿Qué pasa que nadie viene a traernos agua? ¿Qué pasa que no se oye ningún ruido?

—No sé, Buck.

—Todos nos han abandonado. Nos quieren hacer morir de hambre y de sed. Es la crueldad mayor que pueden tener los hombres. Si fueran fieras no serían tan despiadadas, porque de un zarpazo nos hubieran matado, mi amo.

—Tienes razón, Buck. Pero siempre ha sido así. La fiera humana es la peor de todas las fieras. No hay crueldad refinada que el hombre no haya probado con su semejante. La muerte será piadosa y acabará pronto con nosotros, Buck.

—¡Pero yo no quiero morir, mi amo! ¡Gritemos pidiendo auxilio!

—Hemos gritado hasta quedarnos sin voz... Nadie puede oírnos, Buck... Estamos en una sepultura y los vivos no escuchan nunca la voz de los muertos.

—Pero, ¿qué puede haber pasado?...

El primer día nos bajaron agua y pan. El segundo también... Pero ahora hace mucho, mucho tiempo que no se acuerdan de nosotros... El primero y segundo día oímos el sonido del cuerno cuando tocaba a la caída de la tarde... Ahora no se oye nada...

—Quizá han abandonado la isla y se han olvidado de nosotros — replicó Mudd, pensando en voz alta—. Quizá nos bajarán un poco de agua dentro de unas horas, para prolongar así más y más esta agonía lenta y espantosa... Quizás... ¿Pero quién sabe lo que puede haber pasado?

Los dos prisioneros no podían sospechar lo que pasaba en el penal. Se había desencadenado una espantosa epidemia de fiebre amarilla que se cebaba en los prisioneros y en los guardianes y que tenía puesto el terror en todos los que aun no sufrían aquel espantoso mal que nada respetaba y que acababa con las vidas humanas en unas breves horas de delirio y agonía.

Los barcos no arribaban hasta el pequeño puerto de la isla. Al conocer la noticia de la epidemia pasaban de largo y se negaban a anclar allí para dejar las provisiones y los medicamentos que hacían falta, ahora más que nunca, para atajar aquella enfermedad entonces desconocida.

El comandante del penal se desesperaba con aquella resistencia de los barcos. Era preciso hacerse con los medi-

P R I S I O N E R O D E L O D I O

camentos. Era preciso tener provisiones abundantes de todo cuanto hacía falta en el hospital.

Desde los torreones se hacían señales a los buques que no querían acercarse. Se les decía en el lenguaje de las banderas, que era preciso que desembarcaran todo el material que traían destinado al penal. Pero desde el barco se contestaba que no querían acercarse, que tenían miedo al contagio, que no querían sufrir la misma suerte de los que estaban encerrados en el islote apestado.

—Dile que si no arriban a puerto les denunciaré al Gobierno — ordenaba el comandante al que se encargaba de transmitir por medio de las banderas sus palabras.

El capitán del barco contestaba que prefería ser castigado por el Gobierno que atacado por la fiebre amarilla.

—Dile que necesitamos los medicamentos y que necesitamos al médico del barco. Que sólo contamos con un médico y que tenemos más de cuatrocientos atacados de fiebre. Que necesitamos con urgencia los medicamentos.

El capitán respondía que, a pesar de cuanto le decían, no anclaría en el puerto.

—Dile que es un cobarde, un traidor y un asesino — gritó el comandante exasperado por las respuestas que daba el capitán del barco—. Que hemos estado una semana esperándole y que si

ahora que está a la vista del puerto se niega a entrar en él... Pero que si no se decide a entrar dentro de cinco minutos, dispararé contra él la artillería, descagaré contra el buque, todos mis cañones y, si no atrapan la fiebre amarilla, atraparán una indigestión de dinamita, ja fe mía, que no se irán con vida esos cobardes!...

Las banderolas se agitaban en el aire y transmitían palabra por palabra todas las que el comandante acababa de decir. Los guardianes del penal estaban tan interesados como su comandante en la llegada del vaporcito que traía de Washington las provisiones y los medicamentos necesarios. Todos habían estado suspirando por la llegada del vapor que se había retrasado a causa del fuerte temporal reinante y ahora que le veían allí, a unas pocas millas de la costa, hubieran querido despedazarle por la implacable negativa de auxilio que de él les llegaba.

Entretanto, en el hospital, agonizaban lentamente, consumidos por la fiebre y la desesperación, los enfermos atacados del mal. Nadie se quería acercar a ellos por temor al contagio. Nadie quería prodigarles los cuidados de que estaban tan necesitados. Sólo el doctor cumplía con su sagrada misión ayudado por uno de los guardianes, un muchacho joven al que el miedo atenazaba, pero que se sentía animado por la presencia de ánimo del médico

y que seguía el ejemplo de éste dando auxilio a aquellos centenares de víctimas del implacable mal.

El doctor llevaba un peso demasiado grande para sus fuerzas. Cuidar a aquella masa de enfermos él solo, sin más auxilio que el del muchacho voluntarioso y leal, era tarea ardua y terrible. Sus palabras de consuelo alentaban a los enfermos, pero ya no hallaba el médico ánimos en él mismo para dar un poco de ánimo a aquellos pobres desesperados. Los medicamentos se acababan. No tenía medios para combatir el mal cuya causa desconocía. Se sentía impotente ante el avance de la epidemia a la que no podía contener. Daba ya a los enfermos narcóticos que les adormecieran y que les evitaran las torturas de la agonía. Era cuanto podía hacer por ellos: acortarles las horas de suplicio que les separaban del descanso eterno, de la eterna liberación.

Aquella mañana, después de la visita, el doctor se sentía desfallecer. Sentía una extraña laxitud en todo su cuerpo. Comprendía que sus fuerzas llegaban a su fin y que alguien tendría que sustituirle en aquella penosa tarea. Pero no quería darse por vencido hasta que materialmente las fuerzas le abandonaran.

—¿Se siente usted enfermo?—le preguntó, mirándole angustiado su ayudante.

—No, no, hijo mío—replicó el doctor

con dulzura, tratando de quitar importancia a su creciente malestar—. Estoy un poco fatigado; eso es todo... Es una pesada tarea la que realizamos y las fuerzas tienen un límite... Pero estoy bien, muy bien, hijo mío... Gracias a tu ayuda podemos cumplir nuestra sagrada misión... Ya ves que todos nos han abandonado...

—Todos tienen miedo al contagio... Y la verdad, doctor... yo también tengo miedo y no quiero morir de ese mal... Usted tiene que salvarme, doctor...

—Hijo mío... Quisiera prometerte lo que me pides... pero no puedo... Me siento impotente ante el avance de esa enfermedad cuyo origen desconozco... No puedo atacarla, porque me faltan medios para ello... No puedo prevenirla, porque no sé qué es lo que la produce... Yo mismo no sé si me sentiré atacado del mal... Hemos de ser valientes, hijo mío... Voy a hablar con el comandante. Hemos de lograr a toda costa que el vapor nos traiga el auxilio del que estamos necesitados.

El médico tomó su sombrero y salió del hospital, cruzando lentamente uno de los amplios patios en el que los negros, apelotonados en un rincón, se hacían fuertes para no acudir en auxilio de los atacados del mal. Cuando el doctor apareció en el patio se hizo un silencio solemne. Había pedido ayuda a todos aquellos hombres y todos se la habían negado. Ahora, al verle, todos

sentían un secreto remordimiento de dejar solo a aquel hombre ya viejo ante el mal terrible que estaba diezmado de manera considerable a la población del penal.

El doctor no miraba a nadie. Caminaba con paso macilento, como si su cabeza se desvaneciera o como si las piernas le flaquearan. Cruzaba el patio lentamente, sin darse cuenta de que todos le huían, como si ya estuviera contaminado del mal.

Los negros le seguían con sus ojos agrandados por el terror. Nunca habían visto al doctor tan pálido ni con aquel aire tan fatigado y tan sombrío. ¿Estaba contagiado?... ¿Iba también a morir el único que podía cuidar a los enfermos?

Un momento se detuvo el doctor en su camino y pareció como si fuera a caer sin vida sobre el pavimento. Se repuso de aquel extraño malestar y siguió marchando; pero tuvo que apoyarse en una de las baterías que estaban emplazadas en el patio. Se sentía enfermo, muy enfermo.

—Oye, soldado—murmuró, alargando la mano a uno de los guardianes que pasaba junto a él.

Pero el soldado se hizo un paso atrás y le desafió con la mirada.

—¡No me toque!... ¡Está contagiado!—le gritó, corriendo hacia el fondo del patio.

—¡El doctor se ha contagiado!... ¡El

doctor se ha contagiado!—gritaron los negros, iniciando una loca desbandada.

El médico se pasó la mano por la frente cubierta de un sudor helado. Vació y cayó al pie del cañón en el que se había apoyado.

—Oye, soldado....—repitió, con un hilillo de voz que casi era como el estertor de la gonía—. Dile al comandante que quería hablar con él... pero que no puedo... que no puedo llegar hasta su despacho... Dile que... que me voy a la cama, porque me siento enfermo... Dile que... que...

No pudo decir más. Se encontraba completamente desvanecido y creía que ya no volvería en sí.

Los negros se encogieron más en su rincón, como presintiendo algo fatal y terrible. El mismo muchacho que hasta entonces ayudara al doctor, no se atrevía a acercarse a él por miedo al contagio. Le dejarían morir allá, como un perro rabioso, como un ser despreciable al que nadie quiere tocar ni al que nadie cerrará los ojos con mano amiga y benigna.

—¡Auxilio!... ¡Auxilio!.... susurraba el médico en su agonía espantosa, tratando de convencer a los que le miraban con los ojos agrandados por el espanto—. ¡Auxilio!...

—No, hombre blanco, no te ayudaremos... No queremos morir como tú...—contestaban los negros despiadadamente.

—Sois peores que las bestias... No queréis ayudarme... pero todos, todos moriréis de este mal si dejáis que muera el único que puede atenderos...

Sus últimas palabras fueron ininteligibles para los que le escuchaban. El estertor de la agonía le atenazaba la garganta. Todo su cuerpo se había cubierto de un sudor helado y los ojos le salían de las órbitas en un esfuerzo desesperado en aquella lucha contra la muerte.

Luego, lentamente, la piadosa se apoderó de él, su respiración dejó aquella angustiosa tensión, sus nervios se aflojaron y un bienestar eterno se apoderó de aquel ser que había sufrido en pocos momentos todo el terror de la agonía consciente. Sus ojos se entornaron y la cabeza se desplomó sobre su pecho abatida por el mazazo fatal. El médico había muerto de un ataque fulminante de aquella fiebre contra la que hacía unas semanas estaba luchando desesperadamente.

—¡El doctor ha muerto!...—gritaron los negros corriendo a la desbandada, huyendo de aquel patio que ahora creían también apestado—. ¡El doctor ha muerto!...

Aquel grito corrió por todo el penal como un calofoño de espanto y de desesperación. El médico había muerto y toda esperanza de salvación había desaparecido con él. Si el barco cuya silueta se dibujaba en el horizonte, seguía

negándose a arribar a puerto, la muerte sería certera para todos y, en breves días, la fortaleza se habría convertido en un trágico cementerio en donde los cadáveres quedarían hacinados, expuestos a la intemperie y emanando su intoxicación que envenenaría el aire e iría a contaminar a quién sabe que desconocidas gentes de allende el océano.

—Estamos perdidos...—murmuró el comandante, que en vano ordenaba se diera aviso al barco de su decisión de cañonearlo si no se acercaba—. Estamos perdidos... Ninguno de nosotros sabemos cómo atajar el mal... El médico ha muerto y nos deja abandonados a la más espantosa de las angustias...

—Comandante—dijo el muchacho que había hecho hasta entonces de enfermero—. Si usted me lo permite... Entre los prisioneros hay un médico que aca-
so pudiera ayudarnos...

—¿Un médico?

—Sí; el doctor Mudd.

—¿Mudd?...—inquirió el comandante, recordando al prisionero que había intentado fugarse, recordando al prisionero sobre el que habían caído los más espantosos castigos y las más horrendas represalias.

—Sí, comandante... El puede ser nuestra salvación...

—Es verdad... Sígueme... Vamos a hablar con él... Pero... ¿querrá ayudarnos después de todo lo que ha sufrido?

—se preguntó el comandante mientras

R I S I O N E R O D E L O D I O

se encaminaba a la mazmorra en donde había sido abandonado Mudd junto con su fiel negro.

La claridad que penetró hasta ellos al ser abierta la puerta hizo incorporar a los dos prisioneros. Pero Buck estaba tan aniquilado por el hambre, la sed, la angustia y el terror, que se volvió a tender sobre el suelo desvanecido por aquel rayo de esperanza que había entrado junto con el rayo de luz.

Mudd miraba ansiosamente hacia aquella puerta que se había abierto. Estaba seguro de que ningún auxilio humano podía llegar hasta él. Estaba seguro de que si venían, venían para traerle nuevas torturas y nuevos dolores. Por esto no se movió y sólo miró con aquellos ojos nobles y serenos en los que se reflejaba la más profunda desolación, al recién llegado, que se acercó a él con mansedumbre y que le preguntó, sin reconocerle:

—¿El doctor Mudd?

—El doctor Mudd era yo antes de entrar en este penal—replicó Mudd secamente.

—Doctor Mudd — siguió diciendo el comandante—. Vengo con una extraña misión... Vengo a suplicarle que quiera ayudarnos...

—¿Viene a suplicar mi ayuda?...

—Sí, doctor... Necesitamos de usted desesperadamente... Es usted nuestra única esperanza.

—No comprendo... Yo, que ya no ten-

go esperanza ninguna, me he convertido en la única esperanza de mis verdugos. No comprendo...

—Doctor, la isla se está devastando con una epidemia espantosa que nada ni nadie puede atajar... La fiebre amarilla está causando centenares de víctimas... Es la epidemia más espantosa que se ha registrado en Dry Tortugas desde que está en poder de los americanos. El hospital está lleno de enfermos... Muchos han muerto ya... Y los que aun no se han contaminado del mal están locos de terror y no quieren acercarse a los que sufren...

—Y todo eso... ¿qué puede importarme a mí, a mí que me han enterrado en vida y que me han abandonado a mi propio dolor y desesperación?...

—Doctor Mudd... Sólo usted puede decidir si la suerte de los centenares de hombres que habitan en el penal le importa a usted o no le importa...—replicó el comandante con voz serena, mirando a Mudd con una mirada llena de simpatía.

—Y... ¿por qué no se dirige usted al médico del penal?... Es él quien tiene la obligación de asistir a los enfermos.

—El doctor McIntyre... ha fallecido víctima del mismo mal...

Mudd bajó la cabeza y se quedó en silencio un largo rato, como si por su mente desfilaran todos los horrores, todas las vejaciones, todos los despre-

cios que había sufrido de aquellos que hoy necesitaban de su ayuda. El comandante comprendió lo que pasaba por la mente del prisionero y dijo:

—Tiene usted toda la razón, doctor Mudd... Se encuentra usted en la mejor posición para negarnos su ayuda, y le sobran razones para ello... Nos puede mandar a todos nosotros al infierno y ni así logrará usted vengarse de lo que se le ha hecho sufrir... Nadie mejor que yo puede comprender lo que pasa por su alma, doctor Mudd... Si yo estuviera en su lugar, haría lo mismo que usted hace; callar. O quizás habría dado ya una negativa rotunda... Y a pesar de comprenderle, a pesar de hacerme cargo perfecto de lo que usted siente, le vuelvo a suplicar que nos ayude... Ya sé que no le ofrezco en cambio de su ayuda más que exponerse al contagio y morir con nosotros... Pero se lo vuelvo a suplicar en nombre de la profesión que usted ejercía: ¡Ayúdenos, doctor!...

Samuel Mudd permaneció algunos momentos en silencio. No se había olvidado de sus deberes de médico ni se había olvidado de toda la inmensa bondad de su corazón grande y digno. Alzó la cabeza, miró al comandante con aquella mirada dulce y serena que era su distintivo y dijo, después de haber meditado hondamente su situación:

—Antes de convertirme en un presidiario fui médico... Y las cadenas y las

murallas y las barras de hierro que me han convertido en presidiario, no han podido arrancar de mi corazón mi amor a mi carrera... Sigo siendo un médico dispuesto a sacrificarlo todo en bien del que sufre... Estoy a sus órdenes, comandante.

—Gracias, doctor Mudd — replicó el comandante con la voz temblorosa de emoción y estrechando efusivamente la mano del prisionero.

Samuel se puso en pie. Estaba tan delgado, tan débil, tan aniquilado por los pasados sufrimientos, que apenas tenía fuerza para aguantarse. Pero su voluntad era recia y no se dejaba vencer por la debilidad física. Sonrió con una dulce sonrisa y se acercó a Buck que seguía tendido en el suelo.

—Buck, mi buen Buck, despierta... Vamos a salir de este agujero... Volvemos a la luz, a la vida, a la esperanza... Despierta, mi buen Buck... Comandante, si hiciera el favor de ayudarme a levantar a mi buen Buck...

Entre el comandante y Samuel Mudd alzaron a Buck, el negrazo corpulento que ahora se sentía tan frágil como un recién nacido, y llevándole entre los dos le hicieron subir las escaleras de aquella mazmorra que abandonaban y en la que habían creído iban a morir de hambre y de asfixia.

Al sentirse de nuevo hombre, Samuel Mudd se transformó. Ya no era el prisionero de la isla del diablo: volvía a

PRISIONERO DEL ODIO

ser el médico que sólo piensa en el bien de la humanidad, el médico entregado en cuerpo y alma a su profesión, el médico que quiere y debe curar todas las enfermedades, sean las que sean, sin temer al contagio, sin inquirir quién es el que sufre, sin ver nada más que al enfermo y sin querer luchar contra nada más que contra la enfermedad.

Antes de comenzar su tarea de médico había reposado del largo encierro sufrido, se había acostumbrado un poco a la claridad y al aire puro, se había lavado en un baño que le había convertido en un hombre nuevo. Cuando estuvo presto se acercó al comandante y le preguntó:

—¿Tengo alguna autoridad en el penal?

—Usted es el que desde ahora da las órdenes que sean precisas. Yo tomo la responsabilidad de cuanto ocurra—contestó el comandante.

—Gracias, señor. Entonces debo empezar por dominar a los negros que se han hecho fuertes en la sala de armas y que están tras una verdadera barricada. Necesitamos de su ayuda. Se han de limpiar todas las salas, se han de aventar todos los microbios; necesitamos gentes que nos ayuden. No sólo se ataca al mal con medicamentos y con cuidados, sino con limpieza e higiene... Yo les convenceré... ¿Quieres ayudarme, Orderly? — preguntó, volviéndose a aquel que había sido el ayudante del

doctor MacIntyre y por cuya sugerencia había sido puesto en libertad el doctor Mudd.

—Sí, señor—contestó el muchacho, que estaba un poco pálido.

—¿Tienes miedo, Orderly?—volvió a preguntar Mudd, mientras se encaminaban al lugar donde los negros se habían hecho fuertes.

—Tengo un miedo espantoso a la muerte, doctor—contestó el muchacho con sinceridad.

—Y yo también... Pero no temas... Triunfaremos de todo.

Los negros estaban armados y parados tras una barricada. Mudd y su compañero iban sin armas y tenían que presentar el cuerpo a descubierto cruzando el ancho patio que les separaba del grupo de los insubordinados.

—No te acerques, hombre blanco... o disparamos—previnieron los negros al ver a Mudd que se adelantaba hacia ellos.

Mudd no les hizo caso. Sabía que podían disparar y dejarle abatido de un solo balazo. Pero a Mudd ya no le importaba la muerte. Había sufrido tanto y había sentido tantas veces cerca de sí a la irreparable, que ya no la temía. Se fué acercando lentamente a los negros mientras les gritaba que no disparasen, que le escucharan, que tenía que hablar con ellos como buenos camaradas.

—No queremos hablar con un yan-

kee—repetían los negros, cada vez más hoscos y amenazadores—. No queremos salir de nuestro encierro... ni por ti, ni por nadie...

—No vengo a pediros que salgáis de vuestro encierro—les gritó Mudd—, si no que vengo a pediros que me escuchéis... Pero si me amenazáis con vuestras armas no puedo hablar... Retirad las armas.. Si no retiráis las armas, si no queréis escucharme, si no queréis entrar en razón, vais a ser ahorcados en medio de este patio... Sois soldados y os habéis sublevado. Ya sabéis cuál es el castigo de la sublevación. Sois soldados y habéis desertado vuestros puestos y habéis matado a un oficial... Se os juzgará por un tribunal militar y se os impondrá la pena máxima por vuestro delito... Y veréis alzarse aquí, donde yo estoy, la horca que acabará con todos vosotros... Y antes tendréis que cavar vuestras propias sepulturas y veréis cómo, uno tras otro, caéis segados por la soga que os arrollarán al cuello...

—El hombre blanco tiene razón—dijo un negro, deponiendo su actitud agresiva y bajando el arma que contra él apuntaba.

Los demás le imitaron. Todos habían sentido el terror de verse ahorcados por la justicia militar que los condenaría por su insubordinación y por su crimen. Mudd comprendió que había ganado terreno, y siguió diciendo:

—Yo puedo ayudar a aquellos que

no quieran ser ahorcados siguiendo con su actitud agresiva. Yo puedo haceros una proposición, que podéis aceptar o no, a vuestro antojo. Ninguno de vosotros se acercará a los atacados de la fiebre; pero todos tenéis que ayudarme; necesito gentes de buena voluntad que limpien, que trabajen, que tengan todo el penal hecho una plata a fin de ahuyentar a los microbios que nos han invadido. ¿Queréis ayudarme?... El que me ayude no será ahorcado: lo juro ante Dios.

Los negros se dejaron convencer. Bajo las órdenes de Mudd se comenzó a baldear las largas galerías y los patios enormes y los rincones todos de aquella fortaleza apestada. La limpieza era el primer preventivo contra la enfermedad que todo lo invadía. Luego era preciso dejar entrar el aire puro en las salas del hospital. Se derribaron las ventanas con los picos y el huracán que se había desencadenado barrió las grandes salas donde los enfermos se consumían con la fiebre.

—¿No les hará daño este viento?—preguntó el ayudante, asustado de aquella cosa tan insólita para él.

—El aire aventará los mosquitos... El aire limpiará de microbios todas estas salas... Vamos a empezar a lavar a todos los enfermos... Tú no los tocarás, amiguito, no tengas miedo. Seré yo mismo el que los lave uno a uno...

Se acercó a la primera cama. En ella

PRISIONERO DEL ODIÓ

estaba, casi agonizante, Rankin, el odiado, el avieso, el satánico Rankin que tanto y tanto había hecho sufrir a Mudd. Samuel le miró un momento titubeando, pero sobreponiendo su deber de médico a su odio de hombre, metió la esponja en la jofaina que el ayudante le presentaba y comenzó a lavar a Rankin con el mismo interés y con el mismo afán conque lo hubiera hecho para el mejor de sus amigos.

El aire puro que entraba en las salas, aquel lavado perfecto que Mudd iba haciendo a cada uno de los enfermos, la sensación de que alguien se ocupaba de ellos y de que alguien se preocupaba de su enfermedad, levantó el espíritu de los atacados del mal, que respiraban a plenos pulmones aquel aire que entraba por las ventanas abiertas y que recibían como una bendición la caricia del agua que les refrescaba los rostros abrasados por la fiebre.

Así, día tras día, el doctor Mudd luchó contra aquella terrible epidemia que asolaba la isla. Llevaba ya más de una semana en aquella lucha espantosa. No reposaba un segundo. De día y de noche se le veía trabajar con incansable actividad, procurando el bienestar de los que sufrían y haciendo por ellos cuanto su ciencia le dictaba.

También Buck había caído atacado por el mal. Horas de angustia mortales había pasado Mudd cuidando a su fiel negro. El ataque había sido ven-

cido y Buck, el negrazo fuerte y templado, podría resistir a la enfermedad y no desaparecería dejando un vacío insustituible en el corazón de Mudd.

—¿Te encuentras mejor, Buck?—le preguntó Mudd aquella mañana, al hacer la visita primera a los enfermos.

—¡Oh, mi amo!... Desde que entra en estas salas el aire puro del mar y se han aventado a los mosquitos, todos nos sentimos mucho mejor... ¡Ay, mi amo!... Con todo lo que hemos pasado parece que hace siglos que salimos de nuestra aldea, ¿no es cierto?

—Sí, Buck... Hace mucho, mucho tiempo—replicó Mudd con un acento de nostalgia y de pesadumbre.

—Algunas veces me pregunto si Rosabel se habrá olvidado de mí.

—¿Rosabel?... ¡Después de haber tenido once hijos!... ¡Oh, no, no puede olvidarte, aunque quiera!...—sonrió Samuel Mudd. Pero la sonrisa se le murrió en los labios, acordándose de Peggy, de su dulce Peggy a la que hacía tantísimo tiempo no había podido abrazar. Aquellos días de lucha enconada con el mal le habían alejado de sus recuerdos. Las palabras de Buck los había despertado todos de un solo golpe y Mudd sentía la añoranza dolorosa de la felicidad perdida, quien sabe si para siempre...

—Doctor, tendría que descansar usted...—dijo a su espalda la voz del comandante—. Está usted extenuado... No

se da un momento de reposo... Se ha de cuidar, por usted y por todos los que en usted confiamos... Vaya a acostarse.

—No — contestó secamente Mudd. — Pero se repuso y añadió, con mansedumbre, apoyándose en la cama de Buck, como si fuera a desfallecer: —Perdone, estoy sobreexcitado... Tiene usted razón... Tengo que descansar... ¡Ya no puedo más!... ¿Pero quién cuidará a los enfermos mientras yo duermo?... No, comandante, no puedo descansar... Es preciso que siga en pie mientras me quede un aliento de vida... No comprendo porque el Gobierno no nos manda médicos, medicinas, todo lo que nos hace falta para acabar con la epidemia... Necesitamos médicos concienciosos que nos ayuden... Necesitamos gran cantidad de medicamentos de los que carecemos... ¿Por qué no viene barco ninguno en nuestro auxilio?

—Desde el amanecer se destaca en el horizonte la silueta de un barco... Pero éste, como el otro, se niega a arribar a puerto... Todos tienen miedo...

—¿Miedo?... Comandante, ¿me da permiso para que le obligue a llegar a la isla? — preguntó Mudd, sintiéndose de nuevo una fortaleza que creía haber ya perdido para siempre.

—Ya le dije, doctor Mudd, que el que daba ahora las órdenes era usted... — contestó el comandante, inclinándose ante aquel hombre al que admiraba sinceramente.

Samuel Mudd subió a los torreones. Estaba decidido a disparar contra el barco si se negaba a atracar en el muelle. Se sentía Mudd enfermo, muy enfermo; pero no quería dejarse vencer por la fiebre hasta haber logrado su propósito.

Las banderolas fueron agitadas en el aire y se entabló entre el barco y el penal el diálogo que ya antes se había sostenido con su antecesor. El capitán del barco se negaba a llegar a la isla. Mudd le decía que si no se acercaban le hundiría con toda la tripulación. Los momentos eran angustiosos. Mudd estaba poseído por un ataque de furia que nadie hasta entonces le había conocido.

—¡Disparad los cañones! — ordenó a los soldados negros que estaban al servicio de la batería.

—Es un barco del gobierno — se atrevió a argüir uno de los negros.

—¿Y qué importa?... ¡Aunque en él viniera el mismo presidente!... Se trata de salvar la vida de centenares de hombres... No podemos tener compasión... Si no obedecen, les obligaremos a obedecer por la fuerza.

Se disparó un cañonazo, y otro, y otro... La tensión nerviosa llegaba a su paroxismo. Con el catalejo se investigaba ansiosamente la resolución que tomaría el barco ante el ataque. Mudd daba órdenes constantes, sin perder de

vista el horizonte, sin abandonar su puesto, aunque cada vez sentía con más intensidad los síntomas de la fiebre amarilla que se había apoderado de él.

—El barco emprende la marcha... — susurró el vigía.

—Disparad, disparad sin descanso — ordenó Mudd.

—¡No, no disparéis!... El barco se acerca... Nos hacen señales... ¡Vienen, vienen a nosotros!...

Samuel Mudd cayó al suelo desplomado por la emoción, por la fatiga, por la angustia y por aquella noticia que le acababa de dar el vigía y que era la recompensa suprema de su esfuerzo

* * *

Pero la juventud de Samuel Mudd y sus ansias de vida hicieron el milagro. Samuel Mudd había entrado en una dulce convalecencia y se sentía renacer entre todas aquellas gentes que antes habían sido sus peores enemigos y que ahora le miraban como a un dios. La conducta de Samuel Mudd había sido tan admirablemente sublime que todos, todos se habían rendido ante aquel hombre que hubiera podido dejarles morir sin exponerse al contagio y sin auxiliar a los que fueron sus verdugos en los meses de terrible agonía que le habían hecho sufrir.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, doctor? — le preguntó el comandante que iba a verle todos los días varias veces.

—Me siento mucho mejor, mucho mejor... Creo, mi comandante, que voy a vivir... Ni la fiebre amarilla ha podido conmigo.

—Doctor, un hombre como usted no puede morir en la plenitud de sus energías y de su vida. Y hoy que se siente usted mejor quiero mostrarle algo que deseo mandar a Washington por un mensajero especial para que llegue a manos del gobierno... Ya sé que no puedo hablar en nombre del gobierno, porque no tengo categoría para ello, pero porque amo la justicia y honro la bandera de mi patria a cuyo servicio estoy, me creo en el deber de hacer llegar mi voz al gobierno para que el gobierno sea un eco de mi voz que, al fin y al cabo, no es más que la voz de la justicia. Escuche, doctor, la carta que he escrito.

El comandante leyó en voz alta y con profunda emoción las siguientes líneas:

“Como comandante de la Prisión Militar de Port Jefferson, en Dry Tortugas, certifico que el haber dominado la epidemia de fiebre amarilla que asolaba la isla se debe única y exclusivamente a la conducta admirable, llena de valor y de desinterés, del doctor Samuel

Mudd que se hallaba cumpliendo en este penal una condena. En nombre de todo el personal del penal, incluyendo a los oficiales, soldados y prisioneros, suplico al Gobierno se sirva tener clemencia para el doctor Mudd y se le conceda la libertad en agradecimiento a su valor que está muy por encima de cuanto el cumplimiento de su deber podía exigirle.”

Hubo un breve silencio. En el rostro de Samuel Mudd se leía la honda emoción que aquella carta le había producido y en sus ojos había un húmedo brillo de lágrimas. El comandante siguió diciendo:

—Esta es nuestra sincera petición y todos, sin distinción ninguna, firmaremos este documento...

—Y si el comandante me lo permite, seré yo el primero en estampar mi firma—dijo con vehemencia Rankin adelantándose y tendiendo a Samuel Mudd su mano temblorosa.

Mudd le contempló en silencio, sonrió con una dulzura infinita y estrechó con fuerza aquella mano que le había herido tantas veces mientras murmuraba con la voz empañada en llanto:

—Gracias, Rankin...

* * *

En la pequeña aldea de la región del Sur Peggy preparaba el hogar para la llegada de su marido. Se había concedido a Samuel Mudd no sólo el indulto, si no la rehabilitación de su nombre después de haber sido estudiado detenidamente el proceso por un Tribunal Civil competente y justo. Peggy quería que todo sonriera a Sam. Llenó la casa de flores para que tuviera aspecto de día de fiesta y se compuso ella con sus mejores galas procurando borrar de su rostro la huella que en él habían dejado aquellos meses de angustia, de soledad y de desesperación. Luego llamó a Marta, a su hijita, y le dijo, con esa ternura con que sólo las madres saben decir las cosas a los niños:

—Escucha, querida mía... Hoy llegará papaíto... Seguramente no estará como cuando se marchó de casa, ¿sabes?... Pero no se lo digas, hija... No hagas caso de que haya canas en su sien y arrugas en su frente y mucha amargura en sus ojos... Aunque le encuentres cansado y envejecido, no se lo digas... Bésale con mucho cariño, bésale como cuando le besabas todos los días antes

de que saliera a hacer sus visitas, como le besabas cuando regresaba al hogar lleno de dicha y de alegría... Estréchale entre tus brazos, esos brazitos que le han de hacer olvidar todo el tiempo pasado y le han de hacer renacer a la felicidad...

Marta escuchaba las palabras de su madre como si comprendiera todo el hondo sentido en ellas encerrado y volvió sus ojos hacia el camino por el que se escuchaba el trote de un caballo y el chasquido del látigo de su conductor.

La chiquilla había reconocido a su padre y corría a él locamente, con una alegría que por sí sola era ya el premio mejor que podía recibir aquel hombre que volvía del infierno. Marta le abrazó fuertemente y le cubrió de besos mirándole con sus ojos de niña dulce y buena que comprende y que sabe callar...

—¡Marta, Marta, hija mía!—susurraba Sam besando a la nena. Y luego, dejando a su hija, se abandonó a los brazos de su mujer que le esperaba con el rostro inundado por las lágrimas.

Ni uno ni otro pudieron pronunciar una palabra. El momento era demasiado

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

do solemne para turbarlo con palabras que no podrían nunca tener el sentido de lo que sus corazones se estaban diciendo en silencio. En aquel abrazo largo, apasionado, silencioso, aquellos dos seres que habían sufrido intensamente, hondamente, dolorosamente, recobraron la felicidad perdida, más estimada ahora que habían conocido el dolor y la angustia horrorosa de una separación que pudo ser eterna...

Y el fiel Buck, que había presenciado a distancia la escena del regreso de Samuel Mudd, se volvió para emprender el camino de su cabaña y dió un grito de alegría:

—¡Rosabel!...

Allí estaba su negraza con toda su prole esperándole para seguir prodigando el fruto bendito de su amor que había, por sí solo, de formar una nueva generación...

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|---------------------------|---|--|---|
| La viuda negra. | Virgenes modernas. | Ma de fondo. | La varso del jaguar. |
| El gran desfile. | El pagano de Tahití. | La llama sagrada. | Los amores de José Ma- |
| Miguel Strogoff, o el | Estrellas dichosas. | La ley del barón. | jica (fuera de serie). |
| Correo del Zar. | La senda del 98. | La fruta amarga. | El caballero de la noche. |
| La princesa que se | Esto es el cielo. | Vidas truncadas. | Arsène Lupin. |
| amar. | Espejismos. | La hera del mar. | La dama del 18. |
| El coche número 12. | Evangelina. | Tubú. | Amor en venta. |
| Sin familia. | Orquídeas salvajes. | El pasado acusa. | El pecado de Magdalen |
| Mare Nostrum. | El caballero. | Papa pieras largas. | Claudet. |
| Nantás, el hombre que | La máscara del diablo. | Trader Horn. | La casa de los muertos. |
| vendió. | El pan nuestro de cada | Un yanqui en la corte | Titanes del cielo. |
| Cobra. | día. | del rey Arturo. | El proceso Dreyfus. |
| El fin de Montecarlo. | Vieja hidalgua. | El código penal. | La vida de un gran artista |
| Vida bohemia. | Posesión. | La pura verdad. | El último varón sobre la |
| Zaza. | Tentación. | Maternidad, o el derecho | tierra. |
| Adiós, juventud! | La pecadora. | a la vida (fuera de se- | Fantomas. |
| El judío errante. | El beso. | rie). | Violetas imperiales. |
| La mujer desnuda. | Ella se va a la guerra. | Carbón (La tragedia de | Teresita. |
| Tia Ramona. | Los hijos de nadie. | la mina). | La película de las estre- |
| Casanova. | El pescador de perlas. | Estudiantina. | llas. Grand Hotel (fu- |
| Hotel Imperial. | Don Juan, el burlador de Santa Isabel de Ceres. | Las peripecias de Skippy. | ra de serie). |
| Sevilla. | Sevilla. | ¡Qué vidual! | Soy un fugitivo. |
| Noche nupcial. | Noche nupcial. | El camino de la vida. | Hollywood al desnudo. |
| El séptimo cielo. | El vicio de un beso. | Noches de Viena. | Sangre roja. |
| Beau Geste. | La rapsodia del recuerdo. | Mama. | El doctor X. |
| Los vencedores del fuego. | Delikatessen. | Eras trece. | Emma. |
| La mariposa de oro. | Del mismo barro. | Cheri-Bibi. | Primavera en otoño. |
| Ben-Hur. | Estrellados. | Bésame otra vez. | El hijo del destino. |
| El demonio y la carne. | Cuarto de infantería. | Camarotes de lujo. | Ella o ninguna. |
| La castellana del Líbano. | Olimpia. | Los hijos de la calle. | El enemigo de la sangre. |
| La tierra de todos. | Monsieur Sans-Gené. | La divorciada. | El azul del cielo. |
| Tripoli | Sombras de gloria. | Madam Satán. | El monstruo de la ciudad. |
| El rey de reyes. | Mamba. | ¿Cuándo te suicidas? | El hombre que se reía |
| Sangre y arena. | Molly (la gran parada) | Marianita. | del amor. |
| La ciudad castigada. | El valiente. | El carnet amarillo. | Susan Lenox. |
| Aguilas triunfantes. | Prim. | Honrarás a tu madre. | Mercado de mujeres. |
| El sargento Malacara. | El presidio. | Su última noche. | Manos culpables. |
| El capitán Sorrell. | Romance. | Las alegres chicas de | La princesa se divierte. |
| El jardín del Edén. | El gran charco. | Vienna. | La mano asesina. |
| La princesa mártir. | Tempestad. | Viva la libertad! | El rey de los gitanos. |
| Ramona. | El dios del mar. | Salvada. | El sargento X. |
| Dos amantes. | Anne Christie. | El teniente del amor. | Los seis misteriosos. |
| El príncipe estudiantes. | Sevilla de mis amores. | Deliciosa. | Esta edad moderna. |
| Ana Karenine. | Horizontes nuevos. | Cielo robado. | La novia de Escocia. |
| El destino de la carne. | La incorregible. | Amargo idilio. | Besos al pasar. |
| La mujer divina. | El malo. | Honor entre amantes. | El mayor amor. |
| Alas. | El pavo real. | Para alcanzar la luna. | El expreso fantasma. |
| Cuatro hijos. | Bajo el techo de París. | El hombre que asesinó. | Al despertar. |
| El carnaval de Venecia. | Montecarlo. | Rindasei. | El robo de la Monna Lisa (La Gioconda). |
| El ángel de la calle. | Camino del infierno. | La calle. | La edad de amar. |
| La última cita. | Mío serás! | El prótugo. | Salvada. |
| El enemigo. | La mujer que amamos. | Amores de medianoches. | Divorcio por amor. |
| Amantes. | Al compás de 3-4. | La hermana San Sulpicio. | Corazones sin rumbo. |
| La bailarina de la Ópera. | La princesa enamorada. | La dama misteriosa. | Corazones valientes. |
| Moulin Rouge. | Amanecer de amor. | Los claves de la Vir-Irusta-Fugazot-Demare | (fuera de serie). |
| Ben Ali. | El gran desfile (edición | gen. | Los tres mosqueteros |
| Los cuatro diablos. | popular). | Pareja de baile. | (Los Herretes de la |
| Ric, payaso, riel | Du Barry, mujer de sa- | Al Capone (Pánico en | reina). |
| Volga, Volga. | sión. | Chicago). | Milady (Segunda parte de |
| La sinfonía parética. | Angelitos del infierno. | Mi último amor. | Los tres mosqueteros). |
| Un cierto muchacho. | Cuerpo y alma. | Muchachas de uniforme. | Esclavitud. |
| Nostalgia! | El impostor. | Marido y mujer. | La alle 42. |
| La ruta de Singapore. | Esposas a medias. | Congorila (fuera de se- | Los dos huermanitas. |
| La actriz. | Escslavas de la moda. | rie). | Cabalgata. |
| Mister Wu. | Petit Café. | Rebeca. | Secretos. |
| Renacer. | Hay que casar al príncipe. | Erace una vez un vals. | La feria de la vida. |
| El despertar. | Inspiración. | Hombres en mi vida. | Una morena y una rubia. |
| La melodía del amor. | El paseo de Mary Du | Niebla. | Como tú me deseas. |
| Las tres pasiones. | pueblo! | Indesecable. | El relicario. |
| Cristina, la Holandesa. | En cada puerto un amor. | Tarzán de los monos. | El amor y la suerte. |
| La actriz. | ¿Conoces a tu mujer? | El terror del hampa. | Una viuda romántica. |
| Mister Wu. | El millón. | Las vueltas al mundo | Rasputin y la Zarina. |
| Renacer. | La mujer X. | ouglas Fairbanks. | Susana tiene un secreto. |
| El conde de Montecristo. | Gente alegra. | Chica bien. | 20.000 años en Sing Sing. |
| La mujer lizada. | | Recién casados. | Huérfanos en Budapest. |
| | | Champ (El campeón). | ¿Milagro? |
| | | | Vivamos hoy. |

Odio.	La portera de la fábrica.	Oro y plata.	La llamada de la selva
Los crímenes del marido.	Granaderos del amor.	El fantasma del convento	¡Abajo los hombres!
El secreto del mar.	Fanny.	El amor que necesitan las	Rosa de Francia
Mis labios engañan.	Siempre en mi corazón.	mujeres.	Una chica angelical
No dejes la puerta abierta.	Tarzán y su compañera.	Ángel del arroyo.	Los claveles
Dos noches.	El gato y el violín.	Capturados.	Tango-Bar
La melodía prohibida.	Sor Angélica.	Dos amantes	Amor en maniobras
El primer derecho de un hijo.	Judex.	Los hijosdenadis	Ahora y siempre
Canción de Oriente.	Casanova.	La Maternal.	Marietta, la traviesa
La amargura del general Yen.	Eskimo.	Los de 14 años.	Odette
Boliche.	Un capitán de cosacos.	Doy mi amor.	Nuevas aventuras de Tarzán
La vida privada de Enri que VIII.	El altar de la moda.	Los claveles de la Virgen	Tres lanceros bengalíes
Fra Diavolo.	La virgen de la roca.	La herencia.	Crisis mundial.
El padrino ideal.	Madame Du Barry.	El explotador de mujeres	Paloma de mis amores
El judío errante.	Sucedí una noche.	Encadenada.	El sueño una de noche de verano.
El hijo de la parroquia.	Hombres en blanco.	Imperio Argentino.	No más mujeres
Lotty Lynton.	Fueros humanos.	El pan nucstro de cada día.	Dos fusileros sin bala
Barrio Chino.	Viva la vida!	Toda corazón.	Currito de la Cruz
Yo, tú y ella.	El negro que tenía al ma blanco.	Barreras infranqueables.	Sangre de tigro
Un ladrón en la alcoba.	Carolina.	La bien pagada.	Tiempos modernos
El altar de los cantares.	Cuesta abajo.	El último contrabandista.	Mimi
La llama eterna.	Sola con su amor.	El niño de las monjas.	Princesa por un mes
Un hombre de corazón.	El mundo cambia.	Los ojos negros.	Rebelde
Sierra de Ronda.	Canción de cuna.	Don Quintín, el amargo	Una mujer de su casa
El rey de los fósforos.	Paz en la tierra.	El consejero del rey.	El cura de aldea
La Cruz y la Espada.	La dama del boulevard.	El brindis de la muerte.	Yo vivo mi vida
El canto del ruiseñor.	La hermana San Sulpicio.	Abdul Hamid.	Shirley Temple
La mundana.	El signo de la muerte.	La madrecita.	Morena Clara
Adiós a las armas.	La dolorosa.	Asegure a su mujer.	¿Quién me quiere a mí?
Tú eres mío!	Las fronteras del amor.	El juramento de Lagard	La marca del vampiro
Catalina de Rusia.	Wonder Bar.	El conde de Montecristo	Guevara sin cuartel
Tempestad al amanecer.	La dama de las camelias.	Juliette compra un hijo	La señorita de Trévezel
Santa.	La doncella de postín.	Le novelade	Había una vez dos héroes
Belleza a la venta.	Caravana.	Carlos Gardel.	La edad indiscreta
Alalá.	Hombres del mañana.	Nobleza batarra.	Gracia y simpatía
La hermana blanca.	Así ama la mujer.	El velo pintado.	Velada de ópera
La Reina Cristina de Suecia.	La buenaventura.	Nuestra hijita.	Desbarqué Montecarlo
Por un solo deseo.	Nada más que una mujer.	Amor de madre.	No me dejes
Se ha fugado un preso.	Dama por un día.	Vivimos de nuevo.	Piernas de seda
El error de los padres.	La espía núm. 13.	Cuando el diablo asome	Ojos cariñosos
La ciudad de cartón.	Beñora casada necesita marido.	Madre Alegría.	Monja, casada, virgin y mártir (Fuera de serie)
Honduras de infarto.	Viva Villa!	Rosario la cortijera.	La mujer X
Dofía Francisquita.	Busco un millonario.	Grandes Ilusiones.	La mujer de todos
El café de la marina.	Sinfonías del corazón.	Es mi hombre.	El amor gitano
El agua en el suelo.	El novio de mamá.	Angelina o el honor de brigadier.	Carlos Gardel (Fuera de serie)
Fedora.	Madamoiselle Doctor.	Rataplán.	Lo quiso el destino
El boxeador y la dama.	Las Virgenes de Wimpole Street.	La hija del penal.	El bailarín y el trabajador
Esclavos de la tierra.	Las mil y dos noches.	La indómita.	La huella del Pasado
Mujeres y el Don Juan.	Al llegar la primavera.	La pequeña coronela	El proceso de Mary Dugan
Alma de bailarina.	Madrid se divorcia.	El cuervo.	Historia de dos ciudades
Yo he sido espía.	Todo una mujer.	No me olvides.	La farándula
No seas celoso.	Yo canto para tí.	Rayo de sol.	Otra primavera
Desfile de candelillas.	Ojos cariñosos.	El cantante de Nápoles.	Entre esposa y secretaria
Aves sin rumbo.	Al compás del amor.	La nave de Batán.	El infierno negro
Simone es así.	Pescada en la calle.	La verbena de la paloma.	Código secreto
Una noche en El Cairo.	Zapatos de oro.	La hija de Juan Simón.	El Deber
Rosa de medianoches.	La generalita.	La reina del barrio.	El capitán Blood
El rey de la plata.	Por mi camino.	El secreto de Ana María.	
Sobre el cielo.	La legión blanca.	La simpática burrfanitz.	
Las sorpresas del coche-cama.	Lo que los dioses destruyeron.	El héroe público n.º 1.	
Sol en la nieve.	Ouién mató a Eva?	Ana Karenina	
Madres de bastidores.	Fiesta en palacio.	El 113	
		David Copperfield	

Próximo número:

GENIO ALEGRE

por Rosita Díaz Gimeno, Fernando Fernández de Córdoba, Leocadia Alba, Antonio Vico, etc.

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

E. B.